



**PROGRAMA DE POBLACIÓN
DOCUMENTOS DE TRABAJO**

**El rol de las intenciones en el
comportamiento reproductivo:
modelos explicativos y opciones de medición**

Ignacio Pardo

**Documento N°5
Agosto 2019
ISSN 2393-7459**

Agradecimientos.....	3
1. Introducción.....	4
2. La fecundidad como agregado macro de decisiones reproductivas a nivel micro.....	7
3. La medición de intenciones y preferencias reproductivas.....	10
3.1. Los conceptos más frecuentes en la medición	10
3.2. El uso de intenciones y preferencias para medir la brecha de fecundidad	12
3.3. Incertidumbre y ambivalencia en las intenciones.....	15
4. Los principales modelos explicativos del comportamiento reproductivo	19
4.1. TPB.....	19
4.2. TCA y Modelo Social-Cognitivo de intenciones reproductivas	21
4.3. T-D-I-B	24
4.4. MDP.....	25
5. Diálogo y críticas entre los principales modelos.....	30
5.1. Las principales críticas a la TPB	30
5.2. Las posibilidades del marco T-D-I-B y el abordaje de la TPB en intenciones y comportamientos.....	32
5.3. Los argumentos en defensa de la TPB.....	35
5.4. Racionalidad, intenciones y <i>homo demographicus</i>	38
5.5. Agentes adaptativos en modelos de comportamiento reproductivo	41
6. Comentarios finales: medición y aportes de la investigación cualitativa	43
Referencias	46

Agradecimientos

Este trabajo fue realizado en el marco del proyecto I+D “¿Cuántos hijos, cuándo y por qué? Normas, intenciones y decisiones reproductivas en Uruguay”, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República. Se agradece la participación de todos los involucrados en el proyecto y especialmente la de Mariana Fernández, Mathias Nathan y Wanda Cabella, que colaboraron en versiones anteriores de este documento.

1. Introducción

En 2019, el encuentro anual de la asociación de estudios de población de los Estados Unidos¹ se cerró con la conferencia central de su presidente, John Casterline, titulada “Conception as choice” (“La concepción como elección”). En términos normativos, la idea de que concebir hijos deba suceder sólo tras una decisión explícita de los padres es de fácil formulación. Sin embargo, el centro de la conferencia, correspondiendo con el sesgo habitual de la Demografía, fue la medición del fenómeno. Y esa tarea ciertamente compleja: diferenciar aquellos nacimientos que parten de una elección de aquellos que no, requiere medir cuánto hubo de comportamiento intencional en la concepción y la decisión de seguir adelante con el embarazo. La conclusión de esa conferencia, así como de todos los estudios que abordan el tema, es que el problema conceptual y metodológico está lejos de estar resuelto.

En cierto sentido, nada nuevo. Hay unos 70 años de investigación entre el comienzo de la discusión sistemática en torno a los deseos o las intenciones de fecundidad, y los trabajos más recientes, en los que sigue siendo central saber hasta qué punto la fecundidad de las poblaciones es producto de los hijos que los individuos quieren tener. Dicho de otro modo, cómo medir la “brecha de fecundidad” que separa la fecundidad real de los intenciones o ideales (Beaujouan & Berghammer, 2019). La medición es compleja por varios motivos. Por un lado, las preguntas estandarizadas de los cuestionarios de encuesta, que son las herramientas habituales para este fin, tienen limitaciones intrínsecas. Por otro, los modelos teóricos desde los cuales construir el concepto de intención y la propia toma de decisiones reproductivas son varios y están en fuerte discusión, a menudo en diálogo entre los estudios de población y otras disciplinas, como la psicología.

La discusión gira en torno a temas como la correcta modelización de los deseos, las preferencias y las intenciones en el proceso de las decisiones reproductivas, o el criterio con que debieran usarse y medirse esos términos, pero hay un consenso: las intenciones son el elemento central en el conjunto de determinante de las decisiones reproductivas (Balbo, Billari & Mills, 2013). No es casual que la acumulación bibliográfica ofrezca un amplio examen de los factores que inciden en la formación, realización y cambio de las intenciones de la fecundidad (Dommermuth, Klobas & Lappegård, 2011; Quesnel-Vallée & Morgan, 2003; Santelli et al., 2009; Testa, 2014).

¹ PAA, Population Association of America

El tema es central en los países de fecundidad alta, donde amplias porciones de la población no pueden cumplir con sus intenciones de detener la ampliación de su descendencia. Pero también en los países de fecundidad baja, donde se ha identificado la brecha sistemática entre fecundidad “deseada” y efectiva y el desacuerdo sobre este tema dentro de la pareja, en este caso ante sectores de la población que no pueden hacer efectivas sus intenciones de tener más hijos, como una de las causas del patrón de fecundidad vigente (Arieke, Rijken & Liefbroer, 2009; Morgan & Taylor, 2006).

Este debate y otros, en torno a enfoques teóricos y opciones de medición, serán intensos en los próximos años, porque el tema tiene más relevancia que nunca, por varios motivos. En términos empíricos, el uso masivo y eficaz de anticoncepción moderna, hace que la fecundidad total está cada vez más relacionada con las intenciones. En términos políticos, es un asunto central. Desde hace varias décadas se busca medir la fecundidad no deseada o no intencional como acercamiento a la demanda insatisfecha de anticoncepción y para proyectar el descenso de las poblaciones de fecundidad alta. Pero desde la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo de El Cairo (1994), se ha vuelto aún más decisivo: asumiendo que las tendencias y políticas poblacionales ya no deben medirse desde objetivos demográficos cuantitativos, sino desde el cumplimiento de derechos reproductivos, es necesario saber si las personas están teniendo cuantos hijos desean y cuando lo desean, estimando la brecha que nos separa de esa situación ideal, para lo cual hay que medir la intencionalidad de los nacimientos.

Además, desde los marcos teóricos más frecuentes, como el de la Segunda Transición Demográfica (STD), hay asimismo una tendencia a poner en primer plano las intenciones reproductivas, en tanto se las conciba como permeables a actitudes acerca de la fecundidad y la familia que han cambiado fuertemente en las últimas décadas. Y las intenciones siguen teniendo centralidad aún en versiones revisadas de la STD, aquellas que asumen que la reconfiguración del locus de decisión reproductiva, de la familia al individuo, así como otras transformaciones reconocidas como parte de la STD, se deben más a cambios institucionales y estructurales que ideacionales (Carlson 2019).

En el Uruguay, el descenso de la fecundidad, así como la resistencia al descenso que hasta hace pocos años se observaba en la tasa de fecundidad adolescente, se analiza crecientemente desde la perspectiva de las intenciones (en general con preguntas básicas, a veces una sola, asociadas a las Estadísticas Vitales). El objetivo suele ser medir el ejercicio de derechos reproductivos, pero también aproximarse a la idea de cuánto margen de descenso podría quedar por delante, en la hipótesis de que se eviten todos los embarazos no intencionales. Así, es significativo que el Ministerio de Salud y otros

organismos públicos del país hayan elaborado una estrategia para fomentar el descenso de la fecundidad adolescente llamada explícitamente “Estrategia intersectorial de prevención del embarazo no intencional en adolescentes”. Todas estas iniciativas dan por sentado que la intencionalidad puede medirse, por lo que es necesario determinar en qué medida y cómo. El objetivo de este trabajo es precisamente recorrer las perspectivas teóricas y las formas de medición del comportamiento reproductivo, haciendo hincapié en las intenciones.

2. La fecundidad como agregado macro de decisiones reproductivas a nivel micro

Para proseguir con el ejemplo uruguayo, si bien el estudio de la fecundidad ha incorporado el tema de las intenciones, ha estado mayoritariamente centrado en la evolución de las tendencias a nivel agregado, el enfoque principal en cualquier descripción de las tendencias poblacionales. Así, se ha vuelto relativamente conocida la evolución según la cual, desde mediados de la década de 1990 la TGF descendió hasta situarse desde 2005 debajo del umbral de reemplazo (2,1 hijos por mujer), con persistencia de altos niveles de fecundidad adolescente hasta 2015 y el comienzo del proceso de postergación de la edad de inicio de la maternidad. También se conoce en detalle la consolidación de un patrón de polarización social, sobre todo en la edad al primer hijo (Nathan, 2013, 2015a, 2015b; Nathan, Pardo, & Cabella, 2016; Varela, Fostik, & Fernández Soto, 2012; Varela, Pardo, Lara, Nathan, & Tenenbaum, 2014; Varela, Pollero, & Fostik, 2008). En el período 2016-2018, algunos fenómenos sacudieron aún más la fecundidad uruguaya cuando la tasa de fecundidad adolescente cayó de 55 a 36 por mil, la TGF de 1,8 a 1,6, y la edad media al primer hijo de 25,0 años a 25,9. En el período 2016-2018, algunos fenómenos sacudieron aún más la fecundidad uruguaya, cuando la tasa de fecundidad adolescente cayó de 55 a 36 por mil, y la TGF de 1,8 a 1,6, además de aumentar la edad media al primer hijo de 25,0 a 25,9 años, lo que pudo incorporarse a la interpretación de la evolución anterior.

Sucede que para conocer los mecanismos detrás de estos cambios poblacionales no es suficiente conocer la evolución de las tendencias agregadas, sino que resulta necesario el estudio de las decisiones reproductivas de las personas a nivel micro, incluidas sus intenciones. Pero esa tarea es compleja para la Demografía, como se dijo más arriba. En primer lugar, por la limitada disponibilidad de datos. Segundo, porque las aproximaciones teóricas al tema son múltiples y no están firme y consensualmente asentadas en la práctica de investigación. Tercero, por la multitud de factores que, a nivel empírico, ejercen influencia sobre el comportamiento reproductivo y específicamente sobre las intenciones e ideales de fecundidad, desde la influencia de los pares o familiares durante la vida reproductiva de las personas, o la orientación normativa adoptada desde edades tempranas (Kim, 2014; Morosow & Trappe, 2015; Murphy & Wang, 2001; Beaujouan & Solaz, 2016), hasta los cambios en las patrones de uso del tiempo, o la propia complejización de los episodios familiares-conyugales de las personas (Guzzo, 2014), incluido el cambio reciente en los roles masculinos (Puur, Oláh, Tazi-Preve, & Dorbritz, 2008).

Afortunadamente para la acumulación sobre el tema, el descenso de la fecundidad ocurrido en los países desarrollados desde fines de la década de 1960 desencadenó el desarrollo de una línea de investigación en torno a los comportamientos individuales y de parejas, y los factores contextuales e institucionales asociados a los resultados de fecundidad. En varios de estos países, la fecundidad se había reducido de forma tan drástica que al rótulo de regímenes de “baja fecundidad” se sumó el de regímenes de “muy baja fecundidad” (lowest-low fertility), allí donde la TGF alcanzara niveles por debajo de 1,5 hijos por mujer (Kohler, Billari, & Ortega, 2002; Kohler, Billari, & Ortega, 2006). La universalización de los métodos modernos de anticoncepción, la extensión de la vida educativa y el ingreso masivo de las mujeres al mercado de trabajo (con el consiguiente retraso en la adopción de los roles clásicos de la vida adulta), la expansión de valores posmateriales y su impacto en los cambios en las relaciones de pareja y en la valoración de la vida familiar, cuyo resultado fue una mayor inestabilidad de las relaciones conyugales, son los principales ingredientes que integran las explicaciones más aceptadas sobre el descenso de la fecundidad (Lesthaeghe, 1991; Lesthaeghe & Surkyn, 2008).

Sin embargo, conocer todos los factores que influyen en las decisiones, preferencias e intenciones reproductivas y asumir que su interacción modificó la valoración de la maternidad y la paternidad, no es suficiente (Weston, Lixia, Parker, & Alexander, 2004). La determinación de qué peso específico tiene cada uno y cómo se procesan en la toma de decisiones necesita de modelos explicativos e instrumentos de medición específicos. En Uruguay, varios de estos cambios son aún más difíciles de explicar, a causa de la polarización del comportamiento reproductivo, asociado a intenciones diversas y capacidad desigual de lograr las metas reproductivas en los distintos estratos. A diferencia de los países desarrollados en los que el tamaño ideal de la familia supera sin excepciones el tamaño efectivo (Beaujouan & Berghammer, 2019; Goldstein, Lutz, & Testa, 2004; Liefbroer, 2009; Testa, 2012b), en Uruguay, un grupo de mujeres tiene menos hijos que los que aspira, mientras que en otro, el más desfavorecido, la fecundidad real supera a la deseada (Amarante & Cabella, 2015; Cabella, Fernández Soto, Nathan, & Pardo, 2017; Peri & Pardo, 2008). Así, los comportamientos que en ese escenario adoptan los individuos, parejas o familias, suceden a partir de actitudes y marcos normativos de modelos reproductivos polarizados.

Mientras se avanza en la construcción de posibles marcos explicativos, conocer la toma de decisiones a nivel micro es necesario para mejorar la interpretación de las tendencias macro. Por ejemplo, para saber si las brechas de fecundidad a nivel agregado

conviven con una insatisfacción profunda a nivel individual o si son releídas por las personas como un buen resultado una vez que se alcanzan momentos posteriores de la vida. O en qué medida el número ideal de hijos funciona como una alerta sobre normas y condiciones generales para la crianza. De forma similar, el aplazamiento como forma de describir el aumento de la edad media al primer hijo, a nivel agregado, a nivel individual acaso se relacione con una conducta planificada de postergación o, en cambio, refleje el deseo de evitar tener hijos en el corto plazo sin que exista al mismo tiempo una meta clara de tenerlos después (Hayford & Agadjanian, 2019).

En definitiva, el comportamiento reproductivo depende de un conjunto de decisiones tomadas a lo largo de muchos años, siempre sobre la base de información incompleta y en contextos de oportunidades que compiten entre sí (Quesnel-Vallée & Morgan, 2003). Esas decisiones no pueden darse por sentadas sin estudiarse específicamente, como objeto de estudio en sí mismo y como herramienta de explicación de la evolución observada y la probable evolución futura.

3. La medición de intenciones y preferencias reproductivas

3.1. Los conceptos más frecuentes en la medición

Es de interés de este documento repasar los modelos teóricos que pretenden explicar el comportamiento reproductivo y describir el rol que allí juegan las intenciones, pero antes conviene describir la práctica habitual de medición del tema, que se caracteriza por carecer de un marco teórico estricto, al menos de forma explícita, y por desarrollarse con gran apego a las preguntas de encuesta. Sobre todo, de aquellas encuestas validadas por proyectos de gran escala. Por ejemplo, las Demographic and Health Surveys (DHS), históricamente interesadas en medir “demanda insatisfecha de anticoncepción”.

Es razonable que haya preguntas validadas por la práctica, ya que el estudio de la disonancia entre fecundidad “deseada” y efectiva tiene una larga tradición en el campo del comportamiento reproductivo. La fecundidad no deseada (unwanted) se midió por primera vez en una encuesta en Indianápolis (EEUU) en 1941. El contexto, en el que parte de los científicos aún creían que los diferenciales de fecundidad se debían sobre todo a diferenciales de fertilidad entre las clases sociales, pero donde emergían figuras como Margaret Sanger a denunciar la alta prevalencia de nacimientos no intencionales entre los pobres por falta de acceso a anticonceptivos, era propicio a la recogida de este tipo de datos.

En la década siguiente, también en EEUU, la investigación Growth of American Families incorporó esa inquietud en una encuesta de alcance nacional, en contexto de baby boom, para consolidarse en las National Fertility Studies de 1965 y 1970. El avance de la medición fue desde la consideración de la fecundidad agregada de las parejas blancas, en 1941 (si el hombre o la mujer de la pareja no quería otro hijo cuando el embarazo comenzó, se hablaba de “exceso de fecundidad”), hacia la consideración de cada embarazo individual en una muestra representativa de todas las mujeres del país, diferenciando los nacimientos unwanted de los mistimed (antes de tiempo) (Campbell & Mosher, 2000).

Más recientemente, trabajos como los de Bongaarts (1995; 2001), se centraron en la situación de los países en que la demanda no satisfecha de anticoncepción genera un exceso de fecundidad efectiva respecto a la deseada. Esta es la línea en la que se inscribe el estudio de la “doble insatisfacción” en la fecundidad uruguaya, con un grupo de mujeres cuya fecundidad efectiva excede a la deseada y otro que declara tener menos

hijos que los deseados (Amarante & Cabella, 2015; Bucheli et al., 2015; Peri & Pardo, 2008). En la mayoría de los estudios al respecto, se utiliza la pregunta sobre cantidad ideal de hijos, una opción que se discutirá más adelante, para estimar la brecha en relación a los hijos tenidos.

A propósito de los conceptos disponibles, a menudo se utilizan de forma equivalente términos como el deseo, la búsqueda, la planificación o la intención de tener un hijo, quizá porque no es sencillo demarcar sus límites, o porque la evaluación de las preguntas de encuesta suele concentrarse en el rendimiento empírico; lo cierto es que existe un alto riesgo de que en su uso más apresurado se vuelvan más intercambiables de lo que son en términos conceptuales. En la literatura académica vinculada a la medición con encuestas, existe debate sobre su uso adecuado. Todos son términos que se vinculan al componente volitivo del comportamiento reproductivo, pero de forma laxa, por no estar siempre asociados explícitamente a teorías o modelos. Recién en los últimos años se ha intentado consensuar la forma de conceptualizar y registrar los embarazos que no surgen de una intención consciente y explícita y diferenciarlos de aquellos que son la expresión de una intención declaradamente consciente (Campbell & Mosher, 2000; S. P. Morgan, 1982; Santelli et al., 2009, 2003)

Además, actualmente se recomienda una “medición multidimensional” de las intenciones (Santelli et al., 2009), que trascienda el uso de una variable dicotómica (por caso, quería/no quería quedar embarazada) e incluya factores como la magnitud del deseo de un hijo en una escala ordinal y la categoría de nacimientos “antes de tiempo”, cuando se trata de hijos que se deseaban para una fecha diferente a la que nacieron. Las dificultades para seleccionar la variable a relevar y la forma de preguntar las intenciones de embarazo derivan de la complejidad del propio concepto de intencionalidad, que involucra una dimensión afectiva (el deseo de un bebé, la realización de metas relativas a lo personal, conyugal y familiar) y otra relativa a la planificación de la vida (la preparación de un nacimiento, el cambio de prioridades, la conciliación de la crianza con la educación y el trabajo) (Stanford et al., 2000)

Identificar cada una de estas dimensiones no ha sido fácil para los investigadores, que a menudo cuentan con pocas preguntas para dar cuenta del tema, lo que se refleja en la discusión en torno al término correcto: un hijo deseado/no deseado hace referencia a la primera dimensión, afectiva, mientras que un hijo planificado/no planificado hace referencia a la segunda. Y algo similar ocurre en el inglés entre unwanted fertility o unintended births. De hecho, si fuera posible introducir una mayor cantidad de preguntas de encuesta que las habituales, o usar otras técnicas de relevamiento, que

permitan profundizar en el tema, podrían registrarse varias etapas de una secuencia diferenciada de distintas instancias de decisión. Pero las preguntas y métodos suelen estar fuertemente estandarizadas, por lo que conviene describir a continuación las opciones principales.

3.2. El uso de intenciones y preferencias para medir la brecha de fecundidad

En la práctica habitual de investigación hay tres métodos fundamentales para estimar la fecundidad no intencional:

- a) la pregunta retrospectiva directa sobre intenciones (“¿Al momento de quedar embarazada de (...) querías quedar embarazada en ese momento, querías quedar embarazada después, o no querías quedar embarazada nunca?”)
- b) la pregunta sobre preferencias en el número ideal de hijos (“Si pudieras volver el tiempo atrás, al momento en que no tenías hijos, y elegir exactamente el número de hijos a tener en toda tu vida, ¿cuántos serían?”)
- c) la pregunta acerca de intenciones prospectivas (“¿Querrías tener un / otro hijo en el futuro, o no tener (más) hijos?”), eventualmente aplicando una restricción temporal (“...en los próximos tres años?”)

Casterline & El-Zeini (2007) y otros autores han discutido las ventajas y debilidades de cada una de las tres opciones. La primera sufre del sesgo de no declarar como no deseado a un hijo actual, y así percibirlo como deseado, vía la denominada racionalización ex – post. La segunda, basada en el número ideal de hijos, podría contar con una proporción no despreciable de valores perdidos, al menos en algunos países (“los que vengan”, “los que Dios quiera”). También podría tener un sesgo al aumento (por la tendencia a no poner una cifra por debajo a los que efectivamente se tuvieron). Además, no sirve para ver si cada nacimiento es no intencional. Entre otras cosas, porque podría haber cantidades ideales distintas según composición por sexo, porque podría haber un efecto de reposición de los hijos fallecidos y porque podría ser menor el número ideal a partir de las restricciones de la vida real. La tercera tiene muchas ventajas: pocos casos sin respuesta, sin racionalización ex – post y con la posibilidad de identificar nacimientos no intencionales o fuera de tiempo (a partir de pregunta acerca de cuándo se lo quería). El problema fundamental es de costos, ya que requiere de encuestas de panel, y eventualmente de pérdida de casos de la muestra.

Pero la primera y tercera opción merecen diferenciarse de la segunda. Las intenciones, en el primer caso y tercer caso, y las preferencias o ideales de fecundidad, en el segundo, no son formas distintas de medir lo mismo sino dos conceptos diferenciables, que reflejan dimensiones específicas de la intervención de las personas sobre su propia fecundidad. Uno de los motivos por los cuales la distinción entre preferencias e intenciones tiene importancia es que desde algunas de estas aproximaciones se mide la satisfacción de las personas con la fecundidad que alcanzan. Y eso se lleva adelante de forma distinta en cada caso: una cosa es saber ante cada embarazo si fue intencional; otra, comparar fecundidad total acumulada con preferencias en torno al número ideal de hijos, que suele ser el abordaje menos costoso.

Es por eso que una discusión central es acerca del significado de las preferencias, lo que equivale a decir el significado de la propia brecha entre preferencias y fecundidad alcanzada. Es habitual una interpretación lineal según la cual la distancia entre cantidad ideal de hijos y paridez actual mide el tamaño de la brecha de insatisfacción. Sin embargo, se ha dicho que es probable que los respondientes no siempre asuman la pregunta como algo personal y contemporáneo, sino que eventualmente lo hagan como una indicación normativa (Carvalho, Wong, & Miranda-Ribeiro, 2018), un ideal que es más societal que personal, o que en todo caso refiere a preferencias propias en un escenario imaginado de ausencia de restricciones. Si así fuese, es necesario repensar en qué medida la insatisfacción es tal cuando el número ideal de hijos no coincide con el número de hijos tenidos.

En algún sentido, se entiende que las preferencias son un telón de fondo, una propensión relativamente estable de ideales, sobre la que se despliegan las intenciones más inmediatas, aquellas que efectivamente disparan decisiones respecto a tener o no un hijo adicional en cada momento particular. El número deseado de hijos está fuertemente influenciado por factores de contexto en el comienzo de la vida reproductiva y por la propia experiencia del curso de vida en años posteriores (Heiland, Prskawetz, & Sanderson, 2008). Entonces, suele verse como un indicador más alejado de la decisión concreta de tener un hijo, aunque hubo una larga historia de ver las preferencias como la principal forma de observar decisiones reproductivas (Ryder & Westoff, 1971).

Puede asumirse que las preferencias sobre qué cantidad de hijos es la ideal se forman tempranamente y moldean la elección de distintas elecciones en la vida reproductiva. Un ejemplo de disputa teórica en esta línea, está dada por la Preference Theory (Hakim, 2003), que establece que la heterogeneidad de preferencias de estilos de vida entre las mujeres se encuentra en el corazón de las elecciones reproductivas (y

laborales) en las sociedades de mayor desarrollo. Este enfoque asume que las preferencias de estilos de vida se forman tempranamente y son constantes a lo largo de la vida, con tres tipos de orientaciones básicas: familiar (family-oriented), profesional (career-oriented) y las que combinan trabajo y familia (adaptative) (Hakim, 1998, 2002, 2003). En contraposición, McRae (2003) sostiene que para comprender la relación entre las carreras laborales y las familiares de las mujeres, también es preciso entender las restricciones socio-estructurales existentes y cómo afectan diferencialmente a las mujeres, más que centrarse en sus preferencias personales. Además, algunas mujeres tienen más oportunidades que otras para sobreponerse a los limitantes de género.

Los primeros estudios microeconómicos sobre decisiones de fecundidad asumían preferencias fijas, que comenzaban a lo largo de la vida y permanecían incambiadas, aunque el pronóstico siempre fue difícil y se solía hablar de “futuro nuboso” (Ryder, 1973). Luego, se tendió a modelizar el proceso como una secuencia para a cada nivel de paridez, a partir de los contextos de cada posible nacimiento (Bulatao, 1981) con lo que las metas reproductivas fueron caracterizadas como un “blanco móvil” (Lee, 1980). Recientemente, el ajuste de las preferencias a la probabilidad de poder concretarlas ha sido muy estudiado, por ejemplo, para comprender la nuliparidez: así como tener un hijo puede empujar al alza las intenciones, acercarse al final de la vida reproductiva sin tenerlos puede también generar una intención negativa, lo que puede comenzar tan temprano como antes de los 30 años (Iacovou & Tavares, 2013; Kuhnt, Kreyenfeld, & Trappe, 2017).

En este contexto teórico, como se dijo, el registro de las intenciones en cada embarazo parece más apropiado que la medición de los ideales o preferencias, pero esto no quiere decir que los ideales no existan (ni que no sean efectivamente más estables que las intenciones de cada momento). Sucede que, aunque ambas opciones hayan sido utilizadas para estimar la fecundidad no intencional, o la distancia entre ideales y fecundidad real, los costos limitan la posibilidad de utilizar el dato sobre la intención asociada a cada embarazo e incentivan el uso de la pregunta acerca de ideales o preferencias.

Como fuere, la superioridad de las intenciones de cada nacimiento como forma de medición del componente intencional de la fecundidad no debiera hacer olvidar que dentro de ese concepto subsumimos otros conceptos y mediciones posibles, como los deseos, planificaciones o búsquedas activas de un embarazo. Estas opciones quizá merezcan estudiarse como subdimensiones o instancias de la intencionalidad, pero en sí

mismas parecen peores opciones que las intenciones a la hora de elegir un concepto relativamente general.

3.3. Incertidumbre y ambivalencia en las intenciones

Aunque en los cuestionarios de encuesta parezca sencillo registrar intenciones e ideales, la incertidumbre de la propia medición, pero también la propia indefinición que puedan sentir las personas respecto a sus intenciones e ideales, atraviesa todo lo que se puede decir al respecto. Cuando Ní Bhrolcháin & Beaujouan (2011; 2019) se preguntan cuán reales son las metas reproductivas de las personas y apuntan a que la alta prevalencia de intenciones inciertas es un hallazgo robusto y genuino, más que un artificio de medición, no pueden sino concluir que hay que avanzar hacia conceptos más sofisticados y que incorporen con mucho detalle la incertidumbre.

Ya sabemos el supuesto relativamente implícito de que las intenciones son constantes en el tiempo, es altamente problemático. De hecho, aún los estudios que han observado la evolución en el largo plazo de las preferencias, una dimensión en principio más estable que la de intenciones, le atribuyen cierta fluidez a lo largo del curso de vida, lo que hace problemático también el supuesto de preferencias constantes e invita a interpretar en conjunto y con cautela los datos que se tengan acerca de intenciones y preferencias (Kalamar & Hindin, 2015). Además, es esperable que la variabilidad fluctúe a lo largo de las edades, y las preferencias se vuelvan más estables hacia el final de la vida reproductiva (Sennott & Yeatman, 2012), acaso por el mayor ajuste de estas preferencias con las posibilidades reales de modificar la paridez.

Ese cambio en las intenciones puede darse por efecto del aprendizaje, la alteración de preferencias dada por la propia experiencia de la crianza, la competencia con otras actividades, la racionalización ex post, la variedad de restricciones puestas por las circunstancias de la vida y variedad de otros factores. Pero es interesante contemplar otra posibilidad: que lo que se mide como cambio haya sido influencia de esos factores en hacer más concretas las intenciones, que en un primer momento se habían declarado, pero sin demasiada vocación de cumplimiento, por fatalismo o indeterminación. Dicho más claramente: el cambio en intenciones a lo largo de la edad puede ser efectivamente cambio, o cristalización de preferencias hasta ese momento difusas o adaptación a las restricciones (Ní Bhrolcháin, Beaujouan, & Berrington, 2010). En encuestas longitudinales, no es infrecuente que haya una importante cantidad de personas que reportan diferentes cantidades ideales de hijos a lo largo de las olas; en Heiland et al. (2008) llegan a ser el 50%.

En esa línea, es interesante la interpretación de Schoumaker (2015), que considera las intenciones y preferencias reproductivas como objetivos móviles a lo largo de la vida de las cohortes, aunque su variabilidad se reduce en contextos de baja fecundidad. Así, la capacidad de los modelos y preguntas que quieren captar el comportamiento reproductivo funcionan mejor o peor dependiendo de cómo las personas van ajustando sus intenciones de fecundidad a lo largo de la vida, considerando además que existen diferentes capacidades de ajuste. Por ejemplo, entre quienes fueron padres y quienes no (Dommermuth, Klobas, & Lappegard, 2015; Bueno & Brinton, 2016).

En los países de fecundidad baja, el interés renovado en las intenciones se basa en la suposición de que la fecundidad ideal de las personas es superior a la fecundidad real. Pero también en la evidencia que muestra que estas intenciones se modifican en la medida que las personas no perciben condiciones para su cumplimiento, lo que puede asociarse a la teoría de control del curso de vida (Liefbroer, 2008). Desde esta perspectiva los individuos utilizamos estrategias de control para evitar las consecuencias más negativas del fracaso a la hora de alcanzar las metas, ya sea con conductas de control primario, que modifican las circunstancias de acuerdo con las aspiraciones, o de control secundario, que modifican los esquemas mentales de forma adaptativa (Heckhausen, 1998).

La ambivalencia de las intenciones es muy relevante hoy, pero ya era un tema de interés en textos como Morgan (1982), donde se sugería estudiar la respuesta “no sé” como una respuesta con significado propia, en lugar de considerarla un dato perdido o ruido de la medición, y observar en qué medida tal incertidumbre se transformaba frecuentemente en hijos no tenidos, al menos para las mujeres de parideces más altas. También tienen cierta tradición las recomendaciones, usualmente no contempladas en los cuestionarios de encuesta, de incorporar grados de incertidumbre a la medición de la intención de tener otro hijo (“muy seguro”; “relativamente seguro”, etc.). Además de intenciones ambivalentes (“sí y no”), existe la posibilidad, ya discutida en torno a los marcos teóricos del comportamiento reproductivo, que las personas no tengan formulada una preferencia o intención previa la pregunta de encuesta, y aun así respondan de forma lo más amable posible al encuestador, en un problema clásico, ya señalado en (Hauser, Berelson, & Kiser, 1967)

Ní Bhrolcháin et al. (2010) asumen que este puede ser el caso de una “minoría significativa” de mujeres, que no tiene en mente ninguna decisión firme sobre el futuro de su vida reproductiva. Y esto posiblemente suceda con más frecuencia en los países o estratos más desfavorecidos. En esos casos puede ser más evidente que el “espectro de lo

intangibles” en el costo futuro de tener hijos está más allá de lo que se pueda calcular a priori, lo que genera incertidumbre y respuestas ambivalentes o difusas, dadas las precauciones que toman las personas y parejas ante la decisión (Ruth Weston, Lixia Qu, 2004)

Más recientemente, cuando textos como el de Trinitapoli & Yeatman (2018) promueven incorporar estos matices a la medición, registrando la prevalencia de preferencias flexibles y la propia variación de esta flexibilidad (entendida como el margen por el cual las preferencias están estructuradas para variar ante la aparición de contingencias que lo motiven), se hace evidente que necesitarán un conjunto de preguntas adicionales. Preguntas sobre el nivel de fecundidad (“Ante un escenario de [muerte de un familiar, separación, crisis] ¿tu preferencia por el número ideal de hijos mencionado en una pregunta anterior aumentaría, disminuiría o seguiría igual?”) o su calendario. Si las preguntas funcionan adecuadamente, los análisis que pueden emerger de esta cuantificación de la flexibilidad permitirán estudiar las preferencias de fecundidad con gran detalle, incluida la proporción de la población con preferencias fijas.

Mucho se puede especular en cuanto a las fuentes de variabilidad de las intenciones y de la propia ambivalencia o incertidumbre en su formulación. Uno de los factores más importantes, ya mencionado a propósito de otros aspectos del tema, es que el comportamiento reproductivo está sujeto a la existencia de al menos otra persona, por lo que elementos tales como la diversidad de intenciones al interior de las parejas complejiza su medición. Así, se necesita una vez más de una medición más compleja pero también de la incorporación de otros conceptos, como el poder de veto de hombres o mujeres, cuando las partes no comparten planes o intenciones de fecundidad (Thomson & Hoem, 1998). Las intenciones de la pareja, que puede no querer hijos (o no ser fértil, o no ser una pareja estable) están por detrás de términos polémicos como “infertilidad social” (Berrington, 2017), usados para designar a una persona cuyas intenciones de fecundidad se ajustan a la baja por motivos relacionales.

Además, las intenciones y decisiones se enmarcan en cierto régimen de anticoncepción mayoritario. Cuando las parejas no usan anticoncepción hasta que deciden dejar de tener hijos, el cambio comportamental está ligado a evitar los embarazos; en cambio, cuando la anticoncepción efectiva es la norma, es necesario un cambio comportamental ligado a una decisión explícita (suspender el uso de anticoncepción) para generar un embarazo. Y esto vale para las distintas subpoblaciones de un país con desigualdades fuertemente estructuradas.

Como resumen de varias de estas inquietudes, Ní Bhrolcháin & Beaujouan (2019), critican los modelos de intenciones basados en la elección racional, que se mencionan más adelante, y lo contraponen a la maleabilidad de las preferencias, para defender una teoría de las preferencias construidas (Lichtenstein & Slovic 2006). En términos de preguntas de encuesta, esto implica asumir que las respuestas no se recuperan de la memoria, donde preexistirían a la pregunta, sino que probablemente no existen más que de forma difusa: se construyen en el contexto de interacción de la entrevista. Es decir que se parecen más a una obra de arquitectura, que a una recuperación arqueológica de un objeto con contornos claros que reside cerca de la superficie.

Las autoras distinguen entre las preferencias efectivas y las reportadas, construidas ambas, aunque de distinto modo. Las preferencias efectivas se construyen desde la experiencia personal y la de otros, desde cierto marco normativo de la sociedad en que se vive; es un aprendizaje de lo que se quiere, que tiene su momento más importante en la juventud y va ganando en variabilidad a medida que se avanza en decisiones y etapas del curso de vida. Por otro lado, las preferencias reportadas están influenciadas por las efectivas, ciertamente, pero también por otros factores. Por ejemplo, los jóvenes podrían reportar como preferencia lo que es en realidad una predicción de su comportamiento más probable, considerando los comportamientos cercanos como fuente de la predicción. Además, el reporte puede ser interpretado como parcialmente normativo, o estar sujeto a condiciones de corto plazo o de la propia interacción, que no se relacionan necesariamente con las preferencias efectivas. Desde esta perspectiva, se relativiza fuertemente la idea de “demanda” de un número determinado de hijos, ya que el tamaño de la descendencia se ve más como un descubrimiento que como una meta prefijada.

A propósito, hay un cierto número de dificultades inherentes a cualquier pregunta de encuesta: las relativas a la no uniformidad del estímulo. Es decir, a la comprensión diferencial de qué significa la pregunta según el estrato social u otras características del encuestado. En el caso del comportamiento reproductivo, es posible que la paridez acumulada de las personas incida en la comprensión de la pregunta, a pesar de que la formulación habitual de la pregunta por las preferencias incluya “Si pudiera volver el tiempo atrás...”. Los sectores de menores ingresos o nivel educativo han sido objeto de especial atención al respecto. Y un problema más amplio: la medición de cualquier fenómeno debiera asentarse en un marco teórico explícito. En el comportamiento reproductivo y las intenciones de fecundidad, los modelos explicativos están aún en elaboración y disputa, en una discusión que acaso debería ser anterior a la consideración de la mejor medición de estos temas.

4. Los principales modelos explicativos del comportamiento reproductivo

“All models are wrong, but some models are useful” (George Box, 1979)

Dado el sesgo empírico de la Demografía, pocos temas como el del comportamiento reproductivo han obligado tanto a los investigadores a salir de su zona de confort y formular avances teóricos de forma estructurada, aunque aún quede mucho terreno por recorrer en la consolidación de estos aportes. Afortunadamente, la modelización del comportamiento ha sido impulsada por megaproyectos de investigación como REPRO (Reproductive Decision-Making in a Macro-Micro Perspective), un proyecto multicéntrico que involucra varios países europeos, o el Fertility Decision Making Project (Australian Institute of Families Studies), con un fuerte énfasis en la comprensión de las decisiones individuales, sin perder de vista las fuerzas que moldean la fecundidad en el nivel agregado (sociales, económicas, culturales e institucionales) y una tercera dimensión (macro-micro) en la que se entiende que el comportamiento está moldeado por la combinación de las características individuales y las circunstancias sociales e institucionales. Así, se han generado las condiciones para la confrontación de modelos teóricos que expliquen el comportamiento reproductivo.

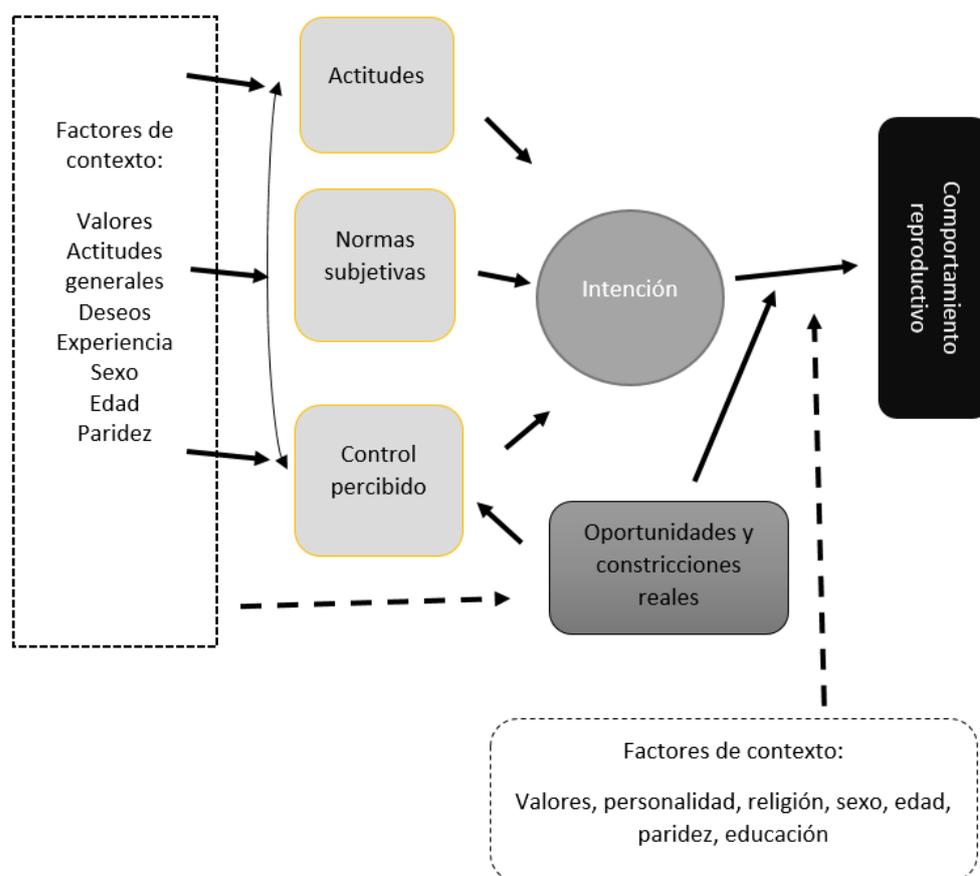
4.1. TPB

Es muy probable que el marco más utilizado sea el de la Teoría del Comportamiento Planeado (TPB, por la expresión inglesa Theory of Planned Behavior), adoptado por el proyecto REPRO y la encuesta multinacional Gender and Generations Survey. En este marco se asume que el comportamiento reproductivo es resultado de las intenciones de las personas. Las intenciones, mediadas por factores de contexto y oportunidades y restricciones reales, serían el producto de la acción de tres dimensiones:

- i) actitudes (ligadas a costos y beneficios percibidos)
- ii) normas subjetivas (ligadas a la influencia de amigos cercanos y familiares)
- iii) control percibido del comportamiento (que refleja en qué medida los individuos perciben que tienen el control de sus acciones).

La Figura 1 lo refleja con mayor claridad.

Figura 1. Modelo de comportamiento reproductivo basado en la TPB



Fuente: Philipov, Liefbroer & Klobas (2015).

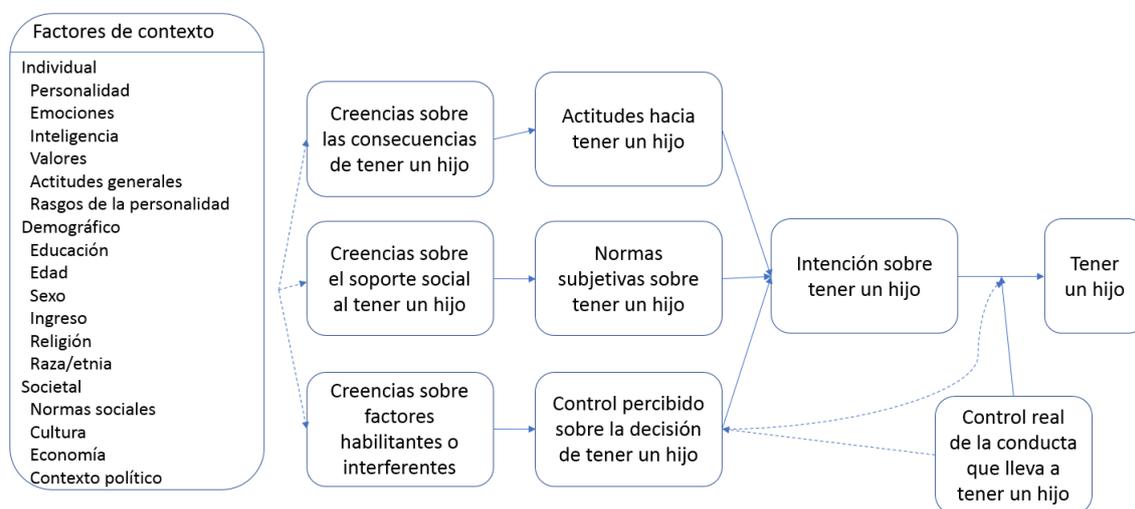
Desde los primeros trabajos que esbozaron esta teoría (Ajzen, 1985), basada en la anterior “teoría de la acción razonada”, la TPB se basó en la idea que el comportamiento social de las personas se puede describir adecuadamente como conductas que siguen la línea de planes más o menos bien formulados. Por tanto, la medición de las intenciones permitiría acercarse adecuadamente a la predicción del comportamiento volitivo, aunque la TPB agrega a la teoría de la acción razonada los factores que eventualmente pueden dificultar la concreción de las intenciones. Se trata de una teoría general del comportamiento, más que específica de lo reproductivo, aunque su aplicación a las decisiones de fecundidad es frecuente.

Hacia el final del siglo XX la TPB terminó de desarrollarse exhaustivamente (Ajzen, 1991), y de ponerse a prueba en términos empíricos, con especial énfasis en el concepto de control percibido de la conducta, similar al concepto previo de “autoeficacia percibida” (Bandura, 1982). Se asume que las intenciones, en combinación con el control

percibido de la conducta, dan cuenta de una considerable proporción de la varianza en los comportamientos humanos.

En términos específicos de comportamiento reproductivo (Figura 2), la TPB se centra en las intenciones porque entiende a la concepción como una decisión razonada, propia de un contexto de acceso masivo a la anticoncepción. Cuanto más favorable la actitud y la norma subjetiva con respecto a tener un hijo, y más alto el control de la conducta que el individuo se adjudique, más altas las chances de que se forme la intención de tener un hijo (Aizen & Klobas, 2013).

Figura 2. La TPB aplicada a decisiones reproductivas



Fuente: Ajzen 1991

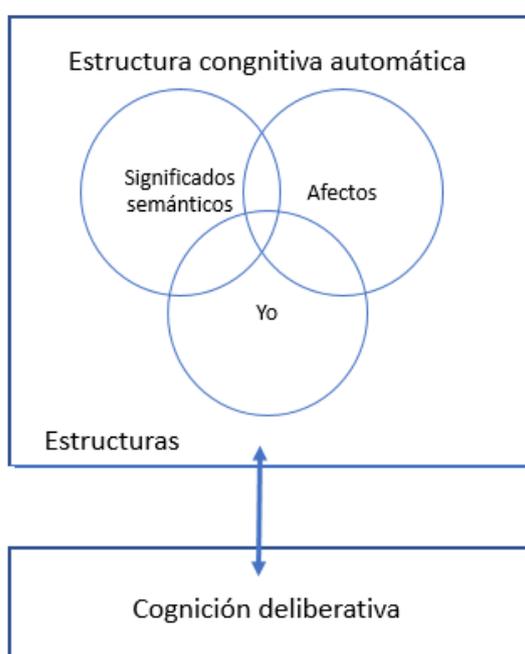
4.2. TCA y Modelo Social-Cognitivo de intenciones reproductivas

El proyecto de una Teoría de la Acción Coyuntural (TCA, por la expresión inglesa Theory of Conjunctural Action), asociado a intentos de sistematización tales como el llamado Modelo Cognitivo-Social de las intenciones de fecundidad (Bachrach & Morgan, 2013), intenta incorporar los comportamientos no razonados, lo automático e inconsciente del mundo cognitivo. Así se diferencia de la TPB, o incluso se construye en oposición a ese marco, buscando otorgar un lugar menos privilegiado a la planificación de las decisiones y la acción (Bachrach & Morgan, 2013; Morgan & Bachrach, 2011; Johnson-Hanks et al. 2011). En esta aproximación, el comportamiento resulta del intercambio entre las estructuras normativas y de comportamiento y los procesos cognitivos, automáticos o razonados, que tienen lugar dentro de esas estructuras.

Para empezar, Bachrach & Morgan (2013) fundan el modelo en algunas premisas, que se diferencian de cualquier formulación basada en la acción planeada:

- La diferenciación de dos tipos de procesos cerebrales, de los que depende la cognición: los deliberativos y los automáticos
- La consideración de una representación mental sobre el mundo y de nuestra relación con él, que el cerebro crea automáticamente
- Los “esquemas” de estructuras neurales, que se asocian a las sensaciones y sentimientos y pueden estar unidos fuertemente a la identidad personal

Figura 3. Procesos duales de cognición en el modelo cognitivo-social de intenciones reproductivas



Fuente: Bachrach & Morgan 2013.

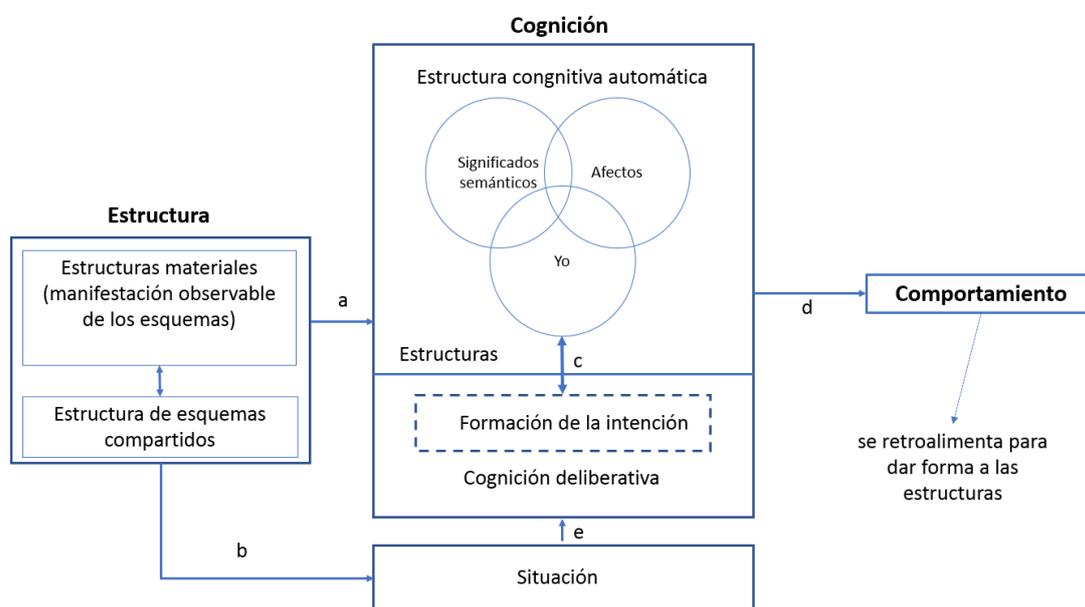
Las estructuras son constitutivas de la situación a partir de la cual las personas actúan; pero también influyen porque contribuyen a formar esquemas cognitivos automáticos, interactuando con los esquemas individuales de interpretación, auto-presentación y afectos que se despliegan a lo largo del curso de vida. La cognición razonada, en cambio, se activa sólo cuando nos encontramos con inconsistencias o conflictos (Brehm & Schneider, 2019).

Por cierto, estas funciones cognitivas no operan en el vacío, sino en relación con estructuras sociales. Por un lado, porque una experiencia repetitiva y estructurada, da forma a los esquemas más habituales. Por otro, porque las propias estructuras son la base de la acción y la toma de decisiones cuando la experiencia lo requiere; además, son

parte de las herramientas con las que damos forma y sentido a las situaciones que forman nuestro “ambiente de decisión” (McNicol 1988).

Llevado a nuestro tema de interés, esto implica que las intenciones reproductivas no son necesarias para tener una estructura relacionada con el tema y para ejecutar acciones que lleven a un embarazo. Por ejemplo, las intenciones relativas a un embarazo no intencional se activan cuando es necesario decidir sobre la continuidad del embarazo, que perfectamente pudo haber sucedido sin intenciones previas. Bachrach y Morgan (2013) asumen que esto se debe a que detrás de las intenciones reproductivas se encuentran las estructuras asociadas a las ideas de familia y paternidad/maternidad, mientras que las intenciones asociadas a los determinantes próximos (sexo, anticoncepción y aborto), que generan embarazos y nacimientos, están más vinculadas con otros factores: relaciones, embarazos, moralidad, riesgo. Esto explicaría en parte la existencia de aparentes contradicciones: el embarazo puede ser producto de acciones dirigidas a otros objetivos. El esquema de la figura 4 presenta estos elementos, que se relacionan de forma fuertemente compleja.

Figura 4. Un modelo cognitivo-social de intenciones reproductivas



Fuente: Bachrach & Morgan 2013.

Así, el comportamiento reproductivo se presenta como resultado de la interacción entre un conjunto único de circunstancias (por ejemplo, expectativas normativas y factores estructurales de la situación) y esquemas, que son estructuras mentales con las que el cerebro representa el mundo que lo rodea y procesa información. A nivel agregado,

la acción coyuntural retratada por esta teoría asume el valor predictivo de las intenciones reproductivas que se forman en la primera juventud y se mantienen con cierta estabilidad a lo largo de la vida (Beaujouan & Berghammer, 2019) (quizás porque las estructuras que dan forma a la fecundidad también limitan las intenciones que se reportan), y explica de qué manera organizan la estructura de ciertos comportamientos automáticos a lo largo de la vida. Este modelo reivindica que las estructuras materiales importan, pero también los esquemas compartidos acerca de la paternidad/maternidad, lo que invita a la innovación metodológica, incluido el trabajo de campo etnográfico u otras aproximaciones cualitativas.

4.3. T-D-I-B

Un tercer marco, relativamente popular entre los investigadores, estudia el comportamiento a partir de su antecedencia en tres factores secuenciales: rasgos-deseos-intenciones (T-D-I-B, por la expresión inglesa Traits-desires-intentions-behavior) (T-D-I-B) (Miller, 2011; Miller & Pasta, 1994, 1995). Desde este marco se asume que tener un hijo es el resultado de una secuencia de rasgos motivacionales, que se traducen en deseos, que a su vez forman las intenciones. Dichas intenciones se traducen luego en comportamientos tales como buscar o evitar un embarazo.

La incorporación de los deseos, una dimensión no asimilable a las actitudes registradas en la TPB, da más lugar a la ambivalencia: se puede desear tener y no tener hijos a la vez (Miller & Pasta 2002; Barber et al. 2010; Miller, 2011). Los deseos anteceden, impulsados por rasgos motivacionales modelados a su vez por el contexto, en este caso de forma no muy diferente al de la TPB. Es interesante además que las motivaciones para la fecundidad puedan ser positivas o negativas (querer permanecer sin hijos no es igual a no tener la motivación de tenerlo); el resultado de su interacción determina los deseos al respecto. No pasa lo mismo con el calendario de la fecundidad, que en este marco puede modelarse como una derivación específica de los deseos de fecundidad más generales y de actitudes y creencias específicas acerca de cuándo es el mejor momento para tener hijos.

De los deseos a las intenciones, el marco de T-D-I-B asume que median una variedad de factores, de tipo contextual, valorativo o situacional. El paso posterior a las intenciones tiene especial interés, en tanto se plantea como movido por instrumentos de comportamiento, sean a) proceptivos, es decir hacia la concepción, o b) anticonceptivos. La suma de estas conductas generará la ocurrencia o no ocurrencia del embarazo (Miller & Pasta, 1994, 1995). Como veremos más adelante, esto tiene valor en la medida que

puede abrir la caja negra que en otros modelos opaca los mecanismos por los cuales las intenciones reproductivas devienen reproducción efectiva. Las figuras 5 y 6 resumen estos aspectos, que serán discutidos más adelante en diálogo con el resto de los modelos.

Figura 5. Resumen del marco T-D-I-B

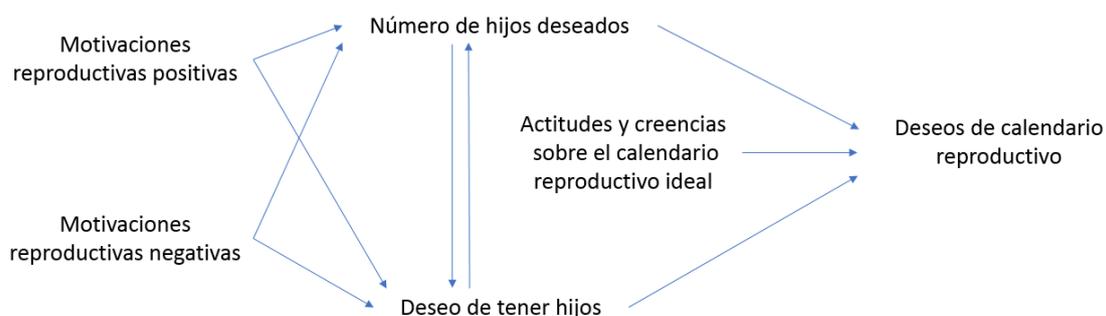
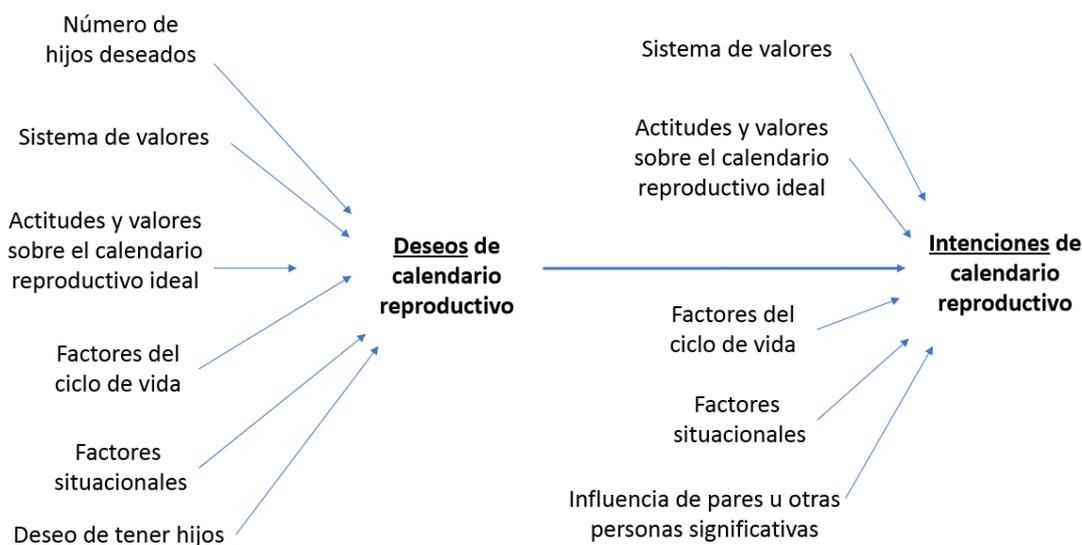


Figura 6. Resumen de factores que inciden en el deseo e intenciones sobre cuándo es el momento para tener hijos en el marco T-D-I-B



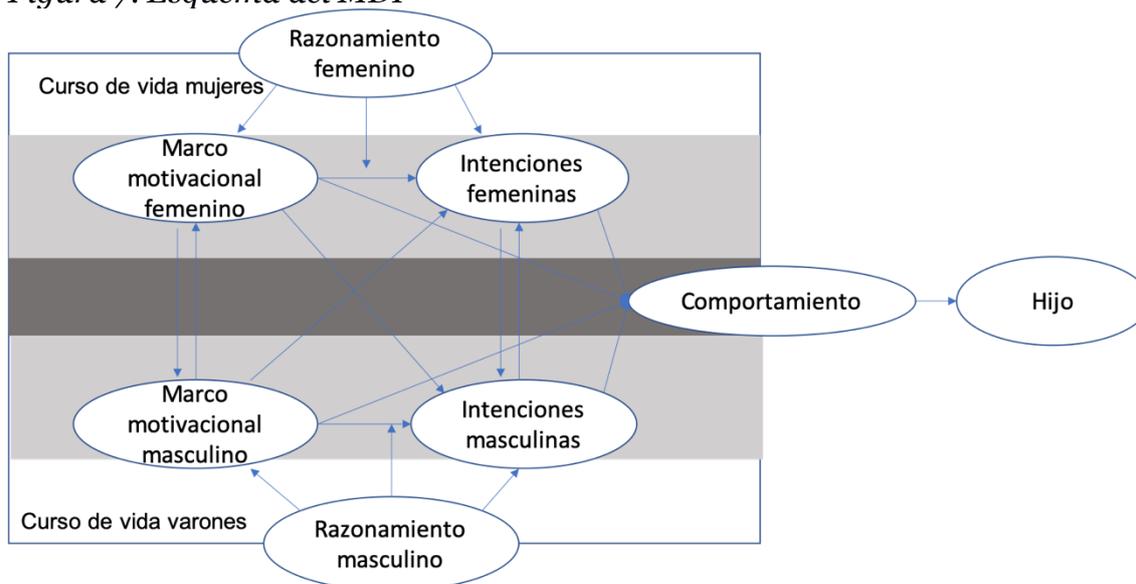
4.4. MDP

En la contribución más reciente de todas las que aquí se repasan, Brehm & Schneider (2019) proponen el Modelo de Caminos Diádicos (MDP, por la expresión inglesa Model of Dyadic Pathways), apoyados en la acumulación cuanti y cualitativa existente acerca de la toma de decisiones reproductivas. El MDP tiene un foco similar al

de T-D-I-B, pero contiene importantes innovaciones. Por ejemplo, incorpora el marco motivacional de cada miembro de la pareja para el comportamiento reproductivo, en vez de referirse a los deseos a secas. Ese marco involucra actitudes, valores, preferencias, ideales familiares y deseos, y podría incorporar impulsos ambivalentes.

Es central en este modelo la influencia recíproca del marco de cada uno de los miembros de la pareja y la conexión entre estos marcos y el comportamiento, no necesariamente a través de las intenciones, lo que habilita a modelizar nacimientos que no son intencionales ni no intencionales. La influencia del curso de vida de uno y otro miembro de la pareja pueden incorporarse, teniendo en cuenta explícitamente su interacción y el curso de vida de la propia pareja (en gris), así como el razonamiento sobre el tema de cada uno de sus integrantes, por ejemplo, en términos del valor de los hijos o el costo de oportunidad de la crianza (Figura 7).

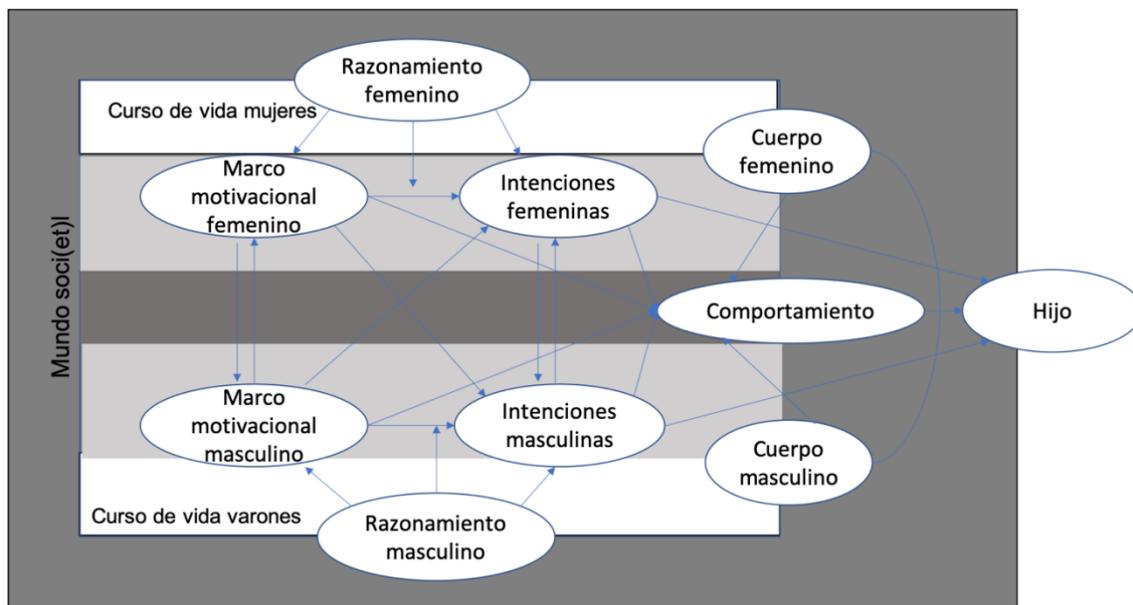
Figura 7. Esquema del MDP



Fuente: Brehm & Schneider 2019.

En un modelo más completo, puede incorporarse la influencia del mundo soci(et)al y del cuerpo de ambos miembros de la pareja, que pueden influenciar el comportamiento reproductivo, con independencia del marco motivacional y de las intenciones (Figura 8)

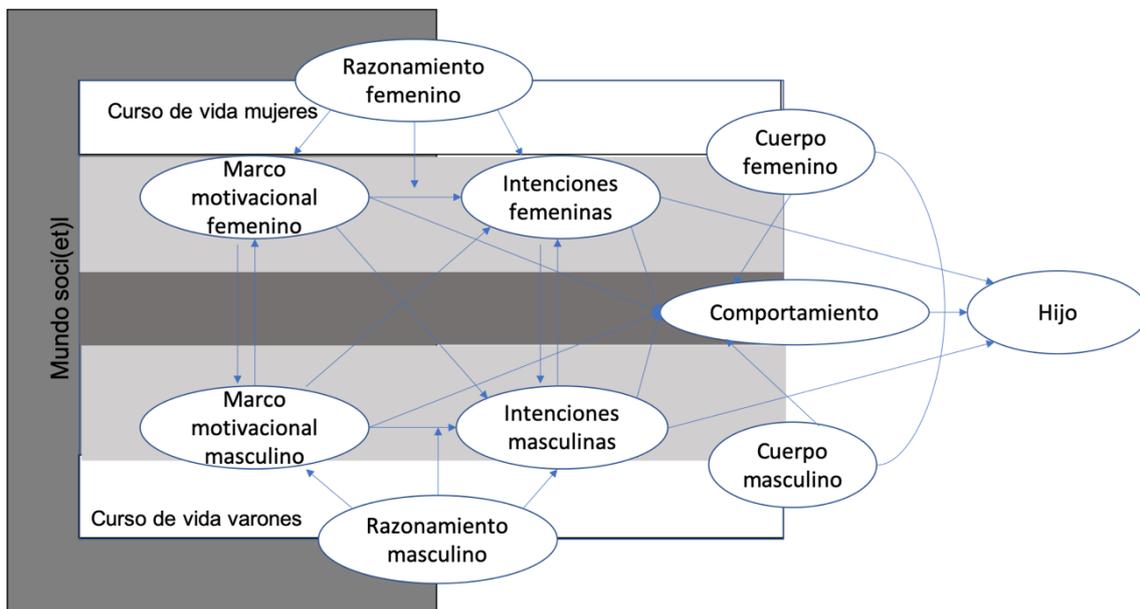
Figura 8. Esquema del MDP completo



Fuente: Brehm & Schneider 2019.

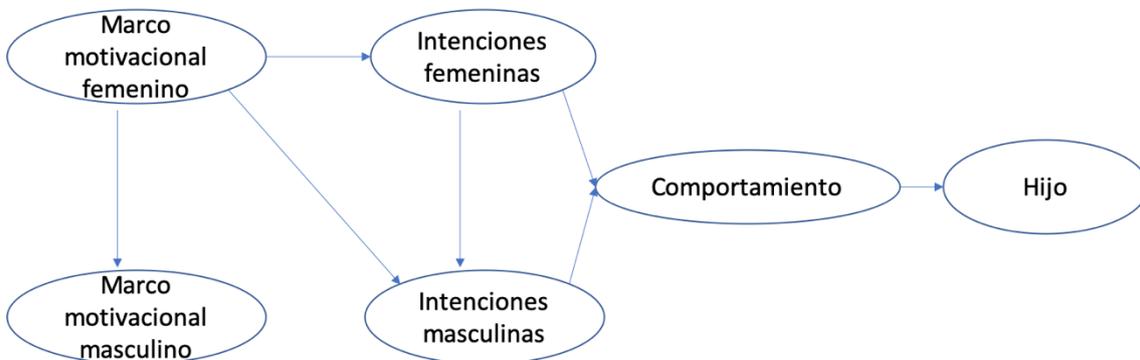
Probablemente lo más interesante sea que en el MDP se asume que no todos los mismos factores están siempre en juego, y pueden existir distintos caminos hacia la fecundidad, en los que los típico-ideales, en los que más se basa el resto de las teorías (con nacimientos motivados y planificados en términos de calendario), es sólo uno (Figura 9). Hay caminos de nulíparos posponedores, nulíparos tempranamente decididos, infértiles, progenitores naturales (orientados temprana y fuertemente a la familia), flexibles (le dejan la decisión al/a compañero/a) (Figura 10), laissez-faire (no buscan hijos, pero no usan anticoncepción y aceptan su llegada), deslizadores (no tenían intención de provocar el embarazo, pero ajustan su comportamiento y actitudes para recibir al niño (Figura 11); quizá son anti-aborto o asumen que no es posible elegir un momento ideal para ser padres) o de articuladores tardíos (tienen el deseo de un hijo, pero hacia el final de la vida reproductiva), entre otros.

Figura 9. MDP. Modelo del camino típico-ideal a la fecundidad



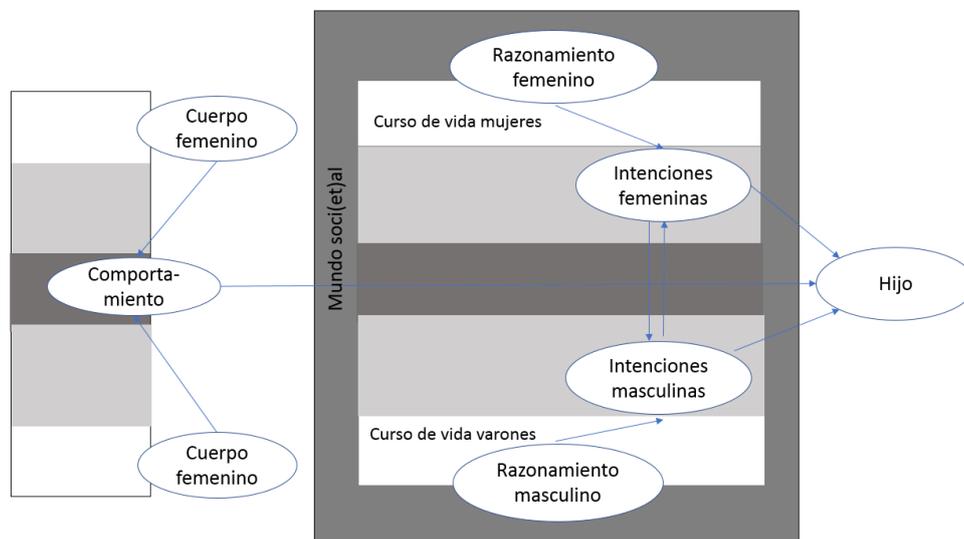
Fuente: Brehm & Schneider 2019.

Figura 10. MDP. Modelo del camino flexible (en el varón)



Fuente: Brehm & Schneider 2019.

Figura 11. MDP. Modelo del camino deslizante



Fuente: Brehm & Schneider 2019.

Además, los individuos pueden seguir diferentes caminos a lo largo de los años. El MDP asume que es útil diferenciarlos para identificar el peso de cada uno de los diferentes factores en juego en cada uno de estos caminos (paridez, uniones conyugales, salud, proyectos de vida, etc.), conectarlos con los factores ya presentados y así dar cuenta la multidimensionalidad del proceso. Según sus autores, el MDP logra incorporar la diferencia y asimetría de los miembros de la pareja en su camino hacia la fecundidad, y hacerlo de forma dinámica y flexible. Además, permite integrar la variabilidad en los propios individuos, que adoptan caminos eventualmente distintos, por ejemplo, de acuerdo a su paridez y la de su compañera/o. Dado que este modelo es extremadamente reciente, su operacionalización en cuestionarios de encuesta aún está pendiente y es el desafío que mostrará hasta qué punto puede convertirse en un marco comparable con otros más utilizados hasta ahora.

5. Diálogo y críticas entre los principales modelos

A la hora de describir diálogos y críticas mutuas entre estos modelos teóricos, es necesario recordar que han tenido un desigual desarrollo². A medida que los modelos se usaban y refinaban, intensamente recién en los últimos 15 o 20 años, los diálogos más frecuentes fueron entre los modelos con mayor desarrollo teórico y empírico. Estos intercambios entre enfoques han favorecido la explicitación de las diferentes posibilidades que ofrece cada uno y la discusión acerca de la forma de superar las debilidades propias de la medición de las intenciones y el comportamiento reproductivo. Dado que la TPB es la que más se ha desarrollado y utilizado, también es la que más cuestionamientos ha recibido, al punto que las otras propuestas se han construido en algún sentido como alternativas a la TPB, desde donde a su vez se han respondido las críticas activamente (Ajzen, 2011, 2014)

5.1. Las principales críticas a la TPB

La mayoría de las críticas a la TPB señalan que el comportamiento no razonado es el gran ausente (no sólo de esta teoría sino de todas las aproximaciones que asumen que el comportamiento es básicamente racional, como veremos más adelante), mientras que aparece en la TCA, bajo la forma de cognición automática que activa los esquemas mentales preexistentes. A propósito, en la T-D-I-B tampoco tiene un lugar mayor al de *proxy* dentro de los rasgos motivacionales de los individuos.

Es por eso que las mayores críticas a la TPB que avanzan en esta línea se dan mayoritariamente desde la TCA, desde donde se la percibe como una teoría de uso limitado, constreñida a las influencias de corto plazo en el comportamiento reproductivo, aquellas que no están ligadas estrechamente a las restricciones estructurales de nivel macro, y, nuevamente, demasiado centrada en los comportamientos intencionados. Morgan & Bachrach (2011) critican además a la TPB por estática, por no dar lugar al cambio en intenciones (o en otros factores, como las actitudes) a lo largo del curso de vida, aunque estas últimas críticas parecen menos razonables.

² Brehm & Schneider (2019) han repasado algunos de los trabajos más importantes de cada una de las primeras tres aproximaciones, como muestrario de cómo se operacionalizan cada una y qué tipo de resultados pueden ofrecer a las preguntas de investigación en cada caso: para la TPB, (Billari, Philipov, & Testa, 2009; Dommermuth et al., 2015; Kuhnt & Trappe, 2013; Philipov, Liefbroer, & Klobas, 2015); para la TCA: (Rackin & Bachrach, 2016; Shreffler et al., n.d.) Shreffler et al. 2018 y para el marco T-D-I-B (Stein, Willen, & Pavetic, 2014; Thomson & Hoem, 1998) Rijken & Knijn 2009; Rosina & Testa 2009

También desde la TCA se ha visto a la TPB como excesivamente centrada en el individuo, al incorporar la influencia de la mirada de los otros, pero no explícitamente el contexto social, ni las limitaciones e incentivos materiales, lo que la convertiría, desde esta mirada, en un micro-modelo. La TCA se postula como superadora en la medida que asume que el comportamiento también puede generarse sin que medie pensamiento consciente alguno y que el procesamiento automático tiene un lugar central en la toma de decisiones para el comportamiento. Así, se presenta como un marco en el que conviven y se retroalimentan el comportamiento planificado y el no planificado, eventualmente racionalizado a posteriori.

De todos modos, los esquemas y las coyunturas son intrínsecamente difíciles de medir. Y la recursividad entre formas de pensamiento, especialmente difícil de modelar. Sería ideal que la forma en que los elementos de la TCA resuenan con la acumulación en la psicología cognitiva, la neurociencia, la antropología, la economía comportamental y la psicología social, se aprovechara para dar pasos adelante en temas de medición. Pero, en algún sentido, complejidad y medición están relacionados inversamente, por lo que es necesaria una operacionalización especialmente rigurosa (y costosa) para tener éxito en la tarea sin sacrificar las virtudes teóricas del modelo.

Siguiendo con las críticas a la TPB, Gibbons et al. (1998) señalan desde la psicología que modelos basados en las intenciones de un actor racional, como el de la TPB, pueden ser exitosos en la predicción de algunos comportamientos adultos, pero no lo son tanto a la hora de entender los comportamientos de riesgo de adolescentes y jóvenes, que asumen comportamientos cuando las circunstancias lo facilitan, aún sin metas asociadas a sus posibles resultados (Reyna, Valerie; Farley, 2010). Brehm & Schneider (2019) también critican la ausencia del cuerpo, sea como un factor que genera fecundidad desde el impulso sexual y la biología, o que la dificulta desde la infertilidad. Si bien es cierto que este factor aparece a través de posibles *proxies* en la TPB (y T-D-I-B), es típicamente dejado de lado en la modelización.

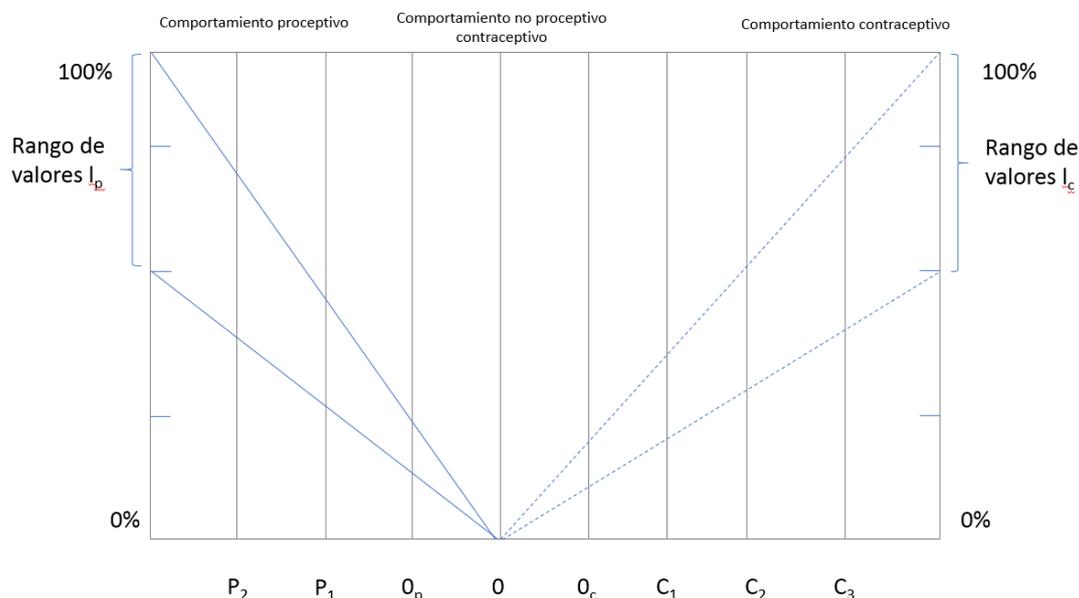
Finalmente, asumen que la TPB es especialmente dependiente de *proxies*, y muy sujeta a interpretaciones de los investigadores y por eso relativamente vaga. Pero otras carencias, como el escaso lugar que ocupa la pareja, traen consigo una crítica más amplia. De hecho, el marco de T-D-I-B incluye interacciones entre la pareja dentro del modelo, pero en la TCA y la TPB se asume que están incluidos implícitamente como influencia para el comportamiento en el modelo tal como existe. Por caso, Testa (2012a) usó el marco de la T-D-I-B para mostrar que en Austria estos desacuerdos se dirimen en favor de la fecundidad cuando la mujer es nulípara y en favor de evitar los embarazos cuando

tiene hijos, entre otras diferencias de acuerdo a equidad de género en la pareja, tipo de desacuerdo, u otros factores. Considerando que la percepción de acuerdo con la pareja predijo mejor el no uso de anticoncepción que las intenciones propias, el artículo sugiere que la T-I-D-B acierta en asumir que los deseos de fecundidad pueden actuar directamente en el comportamiento, sin formularse a través de intenciones, lo que vuelve a poner sobre la mesa el tema del rol del comportamiento no intencional.

5.2. Las posibilidades del marco T-D-I-B y el abordaje de la TPB en intenciones y comportamientos

Para señalar sus potencialidades como modelo explicativo, el marco de T-D-I-B también se ha enfocado en la comparación con la TPB. Una de las críticas fundamentales en ese sentido es que la TPB es un marco generalista, mientras que el de T-D-I-B se enfoca específicamente en explicar la fecundidad. En mayor detalle, Miller (2011) asume que la TPB ha demostrado predecir exitosamente algunos comportamientos, como el uso del condón, pero que no permite incorporar un gradiente continuo de intenciones reproductivas asociadas a comportamientos, desde la procepción pasiva (discontinuar el uso de anticonceptivos, por ejemplo) a la activa, como echar mano a todos los comportamientos sexuales que maximicen la chance de embarazo (figura 12). O el gradiente de comportamientos anticonceptivos, en un sentido similar.

Figura 1. Rangos en la fuerza de la intención contraceptiva (I_c , líneas punteadas) y proceptiva (I_p , línea sólida), con valores hipotéticos

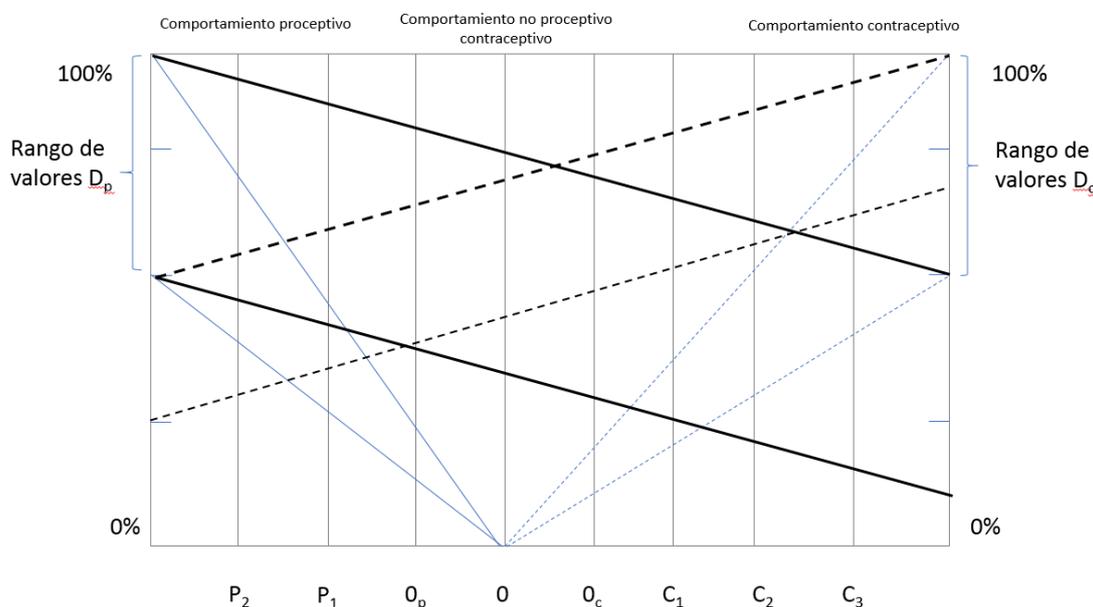


Fuente: Miller 2011.

Al mismo tiempo, el marco de T-D-I-B cuenta con la ventaja de dar existencia a una gran área intermedia, en donde las intenciones no son claras o no existen. Esto permite identificar embarazos *subintended* (Miller, 2011), que no se vinculan a intenciones pro ni anticonceptivas. La TPB, con su marco tan fuertemente concentrado en la toma de decisiones conscientes, no se lleva bien con este tipo de matices.

Por otra parte, Miller señala que el constructo de los deseos está presente en el marco de T-D-I-B pero no en la TPB, que sólo identifica *actitudes comportamentales*. Contar con un constructo de los deseos tiene como ventaja la capacidad de permitir superposiciones, que dan cuenta de situaciones ambivalentes, como la existencia de deseos opuestos, expresados con similar fuerza (Figura 13). Siempre según Miller (2011), en un sentido más intrínsecamente psicológico, los rasgos motivacionales del marco de T-D-I-B remiten a redes neurales que tienden a promover los lazos sociales que vienen dados evolutivamente, lo que incluye la procreación.

Figura 2. Rango de la fuerza de los deseos contraceptivos (D_c , líneas punteadas) y proceptivos (D_p , líneas sólidas), con valores hipotéticos



Fuente: Miller 2011

Las críticas también señalan que en la TPB la influencia de los otros es a través de las normas sociales subjetivas y el control percibido de la conducta, y sólo en casos en los que una persona de referencia se perciba como actor clave para impedir o promover un embarazo. Desde el marco T-D-I-B esta influencia se enmarca en una teoría de sistemas, que asume varios sistemas anidados, y entiende a la pareja de la persona como la influencia social más relevante, midiendo rasgos, deseos e intenciones de ambos.

En resumen, el diálogo entre T-D-I-B y TPB ha dejado en claro una de las críticas más atendibles a esta última: no incorpora los comportamientos específicos hacia la reproducción. Tener un hijo se suele caracterizar como comportamiento reproductivo, pero no lo es, sino más bien el resultado de un comportamiento, que puede ser el de dejar de usar anticonceptivos, por ejemplo, que es lo que un individuo o pareja realmente puede controlar.

En favor de la TPB puede decirse que el poder predictivo de las intenciones puede ser alto de todas maneras, y con independencia de las metas reproductivas (no tener hijos, tener un hijo antes de los 30, tener un hijo en menos de dos años con la actual pareja, etc.). Y que no tiene por qué ser un demérito que la TPB haya sido utilizada para predecir otras intenciones, como la de perder peso (Ajzen & Klobas, 2013), dado que

puede utilizarse para cualquier comportamiento bien establecido. Esto siempre que respete el *principio de compatibilidad* (Ajzen, 2005) según el cual las actitudes, normas subjetivas, percepciones de autocontrol e intenciones deben estar definidas apuntando de forma específica al comportamiento que quieren predecir y no en términos generales. También es de destaque, aún por parte de los críticos de la TPB, la inclusión de la noción de autoeficacia, que no aparece en el marco T-D-I-B, por ejemplo. A propósito, es útil sistematizar los puntos reivindicados por los defensores de la TPB al defender a esta teoría de las críticas.

5.3. Los argumentos en defensa de la TPB

La defensa de la TPB tiene varias aristas, comenzando por su propio rendimiento empírico. Por ejemplo, en Ajzen & Klobas (2013), se demuestra a través del metanálisis de investigaciones que la medición directa de actitudes, normas subjetivas y percepción del autocontrol da cuenta de una parte importante de la varianza en intenciones. Y a su vez, se asume que las intenciones son un buen predictor del comportamiento, considerando que el control percibido es un *proxy* eficaz del control real de la conducta, como otros estudios han demostrado (Dommermuth et al., 2011)³. Además, cuando existen análisis multinacionales, se ha podido observar la importancia del rol de los factores de contexto, socioeconómicos e institucionales, tal como los mide la TPB, por lo que sus defensores asumen que la teoría ofrece un buen vínculo entre lo micro y macro social, más allá de las críticas teóricas que ha recibido el rol del contexto en este modelo.

También se ha explicitado que las propias creencias comportamentales, normativas y de control (todas medidas por la TPB) pueden descansar en premisas irracionales o en el pensamiento desiderativo, para señalar que así el comportamiento no planificado se incorpora indirectamente a la TPB y responder a las críticas más generales en ese sentido (Ajzen & Klobas, 2013), aunque quizá sea una respuesta limitada. ¿En qué medida puede decirse que las emociones y la irracionalidad están incluidas como variables de contexto o factores asociados al control real del comportamiento? En la respuesta a esto estará la valoración que cada investigador le dará a la TPB respecto a esa debilidad en particular. Pero otra arista importante del diálogo, quizá más ilustrativa, está dada por el intercambio más pormenorizado ante las críticas explícitas.

³ Por otra parte, los metanálisis recogidos por Reyna & Farley (2006) permitieron detectar cuánto de las intenciones estimadas por la TPB explican la varianza en comportamientos de salud: la media estimada ha sido del 31% y el 38%, según los estudios que se tomen como referencia.

Por lo pronto, Liefbroer (2011) y Philipov (2011) responden directamente las críticas de Morgan & Bachrach (2011). Por un lado, defendiendo la idea de que las intenciones son el predictor más fuerte del comportamiento reproductivo y que por eso su centralidad potencia la capacidad del modelo. Además, las intenciones tienen interés sustantivo para la disciplina: los demógrafos las necesitamos para entender y proyectar mejor las tendencias a nivel agregado; eventualmente para cuantificar cuántos “*miss the target*” (Quesnel-Vallée & Morgan, 2003) de su fecundidad buscada, o para conocer a nivel micro en qué medida existen factores asociados a la construcción (y luego eventual realización o frustración) de esas intenciones. Por otro, ante la crítica de que un nacimiento no intencional no está bien captado por la TPB, sus promotores responden que la teoría incorpora la posibilidad del control ineficaz del comportamiento.

Además, Liefbroer (2011) y Philipov (2011) reivindican la flexibilidad de las variables de la TPB (individuales y de nivel macro), que permitirían captar las influencias de los otros y el entorno (que suele verse como de débil presencia en la TPB), ya sea cambiando sus valores o el propio peso que tiene cada una en la explicación final del comportamiento reproductivo. De todos modos, concuerdan con sus críticos en un punto, que es además relativamente central en el tema de decisiones de fecundidad: las negociaciones con la pareja no están presentes de forma explícita en la TPB.

En un sentido similar al de la discusión acerca de la flexibilidad, Liefbroer (2011) asume que es falso que la TPB sea estática, en la medida que el cambio puede incluso incorporarse a través de la retroalimentación (del comportamiento a las normas o actitudes) (Fishbein, M., & Ajzen, 1975), dado que las personas reevalúan sus puntos de partida a la luz de la experiencia. Quizá en lo que difieran las distintas posiciones sea en cuán explícitamente modelizadas estén estas interacciones y retroalimentaciones. Mientras Morgan & Bachrach (2011) critican a la TPB por no ser lo suficientemente abstracta, Liefbroer (2011) apunta que la TCA, que es muy abstracta, puede serlo demasiado, generando una distancia muy grande entre la teoría y la medición.

Para dar más complejidad, a lo largo del curso de vida el comportamiento reproductivo se enlaza indisolublemente con otras dimensiones y áreas de decisión. Brehm & Schneider (2019), en línea con Bachrach & Morgan (2013) recuerdan, como se dijo más arriba, que querer un hijo puede ser percibido como conductas muy diversas entre sí: puede ser un acto de resguardo o continuación de una unión conyugal, un descuido frente a la anticoncepción, parte de un comportamiento anti-abortivo u otra cosa. Todo esto, además, con fuerte dependencia del pasado y de las expectativas de futuro. En Ajzen & Klobas (2013) se asume nuevamente que en la TPB estos son factores

que alimentan las variables de contexto, que preceden y retroalimentan e comportamiento reproductivo, así como en la TDIB dan forma a los rasgos motivacionales. En la TCA, el pasado y lo social dan forma a las estructuras mentales que determinan el comportamiento. Pero estas formas de incorporar la complejidad en los modelos teóricos no clausuran el problema. Y la relación entre intenciones y resultado es demasiado lineal en la TPB: ameritaría la mediación de acciones al respecto. ¿Qué hacen los individuos para transformar sus intenciones en comportamientos? Como se dijo más arriba, hay variedad de comportamientos a través de los cuales se transforman intenciones en hijos: una cosa es discontinuar el uso de anticoncepción y otra es buscar una pareja para tener hijos, por ejemplo.

Morgan & Bachrach (2011) ejemplifican la complejidad de las intenciones con una adolescente que no quiere quedar embarazada pero quiere mostrar afecto a su pareja prescindiendo del condón. Philipov (2011) entiende que desde el punto de vista de la TPB podría registrarse cómo prevalece la intención más fuerte (mostrar afecto, en este caso), pero otros autores, como Moors (2008) han entendido necesario expandir la TPB para incorporar algunas de estas cosas.

Finalmente, una discusión en algún sentido menor, y que no necesariamente implica una crítica más allá de lo terminológico, es la que se da en torno a la condición de teoría de la TPB. Liefbroer (2011) asume que la TPB no es una teoría en sentido estricto, sino más bien un modelo o marco heurístico. El motivo es que no se presta del todo a la prueba empírica de su validez; por un lado, si uno encuentra que las intenciones no están determinadas por actitudes, normas y control autopercebido, no tiende a desechar la teoría sino a pensar que las variables fueron medidas de forma subóptima, inmunizando a la TPB; por otro, es relativamente inespecífica en relación a qué elementos tomar en cuenta dentro de conceptos amplios como “actitudes hacia los hijos derivados de las consecuencias esperadas de tener un hijo” (¿qué consecuencias serían las importantes?). La TPB simplemente indica qué elementos son importantes en la explicación de un fenómeno.

Liefbroer (2011) asume que, sin ser una teoría, la TPB es muy atractiva como modelo heurístico. Primero, considerando que la fecundidad está influida por tres conjuntos de factores como actitudes, normas y restricciones/oportunidades, está en línea con los mismos conjuntos de influencias en la conducta individual que se encuentran en la mayoría de las orientaciones teóricas en las ciencias sociales. Segundo, incorporar la distinción entre control autopercebido de la conducta y control real permite diferenciar las restricciones y oportunidades identificadas por las personas, que ajustan

su conducta en relación a ello, de las que operan a sus espaldas, hasta el momento en que se chocan con ellas intentando llevar adelante sus intenciones. Tercero, es un abordaje llama la atención sobre los mecanismos que vinculan los factores de contexto con la fecundidad. Puede decirse adicionalmente que su capacidad de operacionalización en preguntas de encuesta, más allá de la necesidad de *proxies*, habitual en la práctica de investigación, es un importante punto a favor de su utilización.

5.4. Racionalidad, intenciones y *homo demographicus*

Más allá de la importancia de la TPB y del peso de las críticas, es relevante retomar aquellos señalamientos a esta teoría que al mismo tiempo ponen en cuestión la medición más habitual de intenciones o comportamiento por asumir un sujeto fundamentalmente racional. Contar con un futuro planificado o imaginado con claridad, es una habilidad que no se desarrolla de forma uniforme en toda la población, no solo porque estamos sujetos a contingencias vitales, sino porque solemos adelantarnos a estas contingencias y, sabiendo que no es posible preverlo todo, elegimos no asumir la planificación a priori. Especialmente en las poblaciones de fecundidad alta, pero en todas las que tienen una relación cercana con la incertidumbre, que lleva a las personas a adoptar una flexibilidad estratégica (Trinitapoli & Yeatman, 2018).

Al respecto, Philipov (2011) redobla la apuesta: no es la TPB que asume racionalidad (las actitudes, normas y el control de la conducta están basados también en la intuición y el pensamiento desiderativo), sino que es la Demografía en general la que asume el comportamiento reproductivo como racional. Además, dado el sesgo empirista de la disciplina, lo hace desde mediciones que no siempre remiten explícitamente a un modelo teórico con el que discutir, pero que de todos modos asumen supuestos de comportamiento y toma de decisiones. Este es quizá el núcleo más importante de las discusiones sobre modelos explicativos del comportamiento reproductivo.

Entonces, cuando Morgan & Bachrach (2011) señalan que la TPB presume más estabilidad en las intenciones de lo que existe en la realidad, están señalando un problema generalizado y perdurable. En cierto sentido, los demógrafos privilegamos aquellos comportamientos que mejor permiten la medición, y las intenciones estables nos convienen a los efectos de la mayoría de las preguntas de investigación más habituales, en tanto permite evaluar hasta qué punto se realizan o frustran tales intenciones. Hilando más fino, habrá supuestos más razonables, como la estabilidad de las intenciones en el corto plazo y ante la ausencia de cambios conyugales y laborales, y otros más problemáticos, como las intenciones negativas en contextos de fatalismo (un

“no” puede esconder un “quizá no tenga muchas ganas de tener un hijo, pero Dios decide”. En todo caso, pueden mejorarse las preguntas, pero la racionalidad del encuestado y la autoconciencia de su acción racional están en la base de la mayoría de las opciones de pregunta posible.

Si las aproximaciones teóricas según las cuales las personas maximizamos nuestra utilidad a partir de cálculos racionales de costo-beneficio, pueden contarse como parte de los marcos explicativos de las decisiones de fecundidad, es en parte porque tal es el trasfondo de las mediciones menos explícitamente teóricas, y en parte porque existen formulaciones más explícitas, desde la economía, en ese sentido. Como se destaca en reflexiones recientes (Bianchi, 2014), los modelos que explican la fecundidad y familia desde marcos provenientes de la economía neoclásica (Becker, 1960, 1981) constituyen una fuerte herencia para todos los marcos que quieran pensar este tipo de comportamientos. También, aunque menos, los que devienen de la acción racional sociológica. Es uno de los motivos por los cuales el cálculo racional de costo-beneficio suele eclipsar otros posibles motores como factores explicativos de las decisiones.

En esos marcos las personas maximizamos nuestra utilidad, también en la demanda de esos bienes de consumo que son una inversión de largo plazo (llamados hijos). Se trata de un *homo demographicus*, a semejanza del *homo economicus* de la *rational choice*, influido por aspectos tales como el equilibrio cantidad-calidad de hijos, una lógica de toma de decisiones que ha sido ampliamente comentada, pero sobre todo utilizada en la literatura (Becker & Lewis, 1974). O el “valor de los niños”, una noción que los padres utilizarían al evocar posibles beneficios económicos (¿un seguro de cuidados para la adultez mayor?), satisfacción psicológica o espiritual y aprobación social (Hoffman, Thornton, & Manis, 1978; Nauck, 2014) y el costo de oportunidad de la crianza en contexto de masiva entrada de las mujeres al mercado laboral y alta capacitación.

Si el estudio de todos los comportamientos demográficos está atravesado por esta discusión, se trata de repensar un aspecto central de los marcos explicativos de la propia disciplina. Un posible camino es discutir la propensión a sobre-racionalizar partir de una distinción de Bruijn (1999), quien diferencia la racionalidad sustantiva o instrumental, propia de aquel *homo economicus* que maximiza la utilidad en sus decisiones, de otras racionalidades en las que el contexto puede tener mayor importancia. Por ejemplo, la racionalidad contextual, que, junto a las restricciones objetivas del entorno, incorpora las percibidas por el sujeto; la racionalidad procedimental, o incluso la racionalidad expresiva. Desde varias de estas racionalidades pueden existir objetivos a priori

contradictorios, lo que en gran medida explica las intenciones ambivalentes, desde un marco que no tiene por qué carecer de cálculo racional.

Hilando más fino, la existencia de un yo unívoco que toma decisiones es de por sí problemática si se profundiza en los mecanismos psiconeurológicos que alimentan las decisiones. Sólo por citar una perspectiva que haría muy difícil nuestras habituales mediciones con preguntas de encuesta, la convivencia de un yo “experimentador” y un yo “narrativo” (que da sentido a posteriori a nuestros actos) rompe la idea de estabilidad que está en la base de un comportamiento consciente y planificado, así como el rol de las intuiciones en la toma racional de decisiones (Kahneman, 2003).

Pero aun adoptando los esquemas habituales, de pretensión universal, existen desafíos de medición dados por los distintos contextos. Por un lado, es necesario observar en qué medida los países de menor nivel de desarrollo podrían analizarse desde los mismos supuestos que los de mayor nivel (Kalamar & Hindin, 2015). Pero son escasos los estudios sobre comportamiento reproductivo basados en el contexto de América Latina. Si fuera cierto que en la región existe una especificidad en la toma de decisiones, por ejemplo, a partir de la inestabilidad macroeconómica, con crisis periódicas, generadoras de fuerte desempleo (Adsera & Menendez, 2009), la utilización de los marcos conceptuales más usuales sería especialmente problemática: las intenciones podrían variar especialmente y traer consigo una mayor dosis de incertidumbre intrínseca.

Además, los distintos contextos al interior de cada sociedad son tan importantes como las diferencias de contexto entre países. Sobre todo, ante la escasez de estudios acerca de preferencias de fecundidad no realizadas en los países con menor nivel de desarrollo (Casterline & Han, 2017), como los latinoamericanos, que suelen ser los más desiguales. Es razonable asumir que existen rutas cognitivas e interpersonales hacia la fecundidad que no necesariamente se ajusta al marco de un comportamiento altamente planificado.

Para entender estos nacimientos habría que incorporar al menos los conceptos relativos a las intenciones poco claras, la coerción de la pareja y la poca percepción de control sobre la propia fecundidad y las propias decisiones; un marco que asuma con excesiva centralidad el comportamiento planificado podría dar cuenta muy parcialmente del comportamiento de quienes que se refieren a la fecundidad como algo que “simplemente sucede” (Borrero et al., 2015). Si las personas no siempre formulan intenciones de fecundidad y sienten que la planificación es un ideal que está más allá de sus posibilidades, o si existen mujeres que sienten a priori que su fertilidad es baja, se

resiente la utilidad de vincular intenciones con fecundidad efectiva desde marcos conceptuales que asumen la universalidad del comportamiento planificado.

5.5. Agentes adaptativos en modelos de comportamiento reproductivo

Una nota adicional merece la construcción de modelos teóricos a través de procedimientos inductivos. En el contexto del siglo XXI, la capacidad computacional con la que puede encararse cualquier análisis ha modificado la propia construcción teórica, dado que la interacción entre supuestos teóricos y datos se complementado con otra interacción fértil: la que se da entre supuestos teóricos y simulaciones. La posibilidad de asumir una cierta relación teórica entre el nivel micro y el macro y *probarla* a través de interacciones simuladas ha encontrado en los Modelos Basados en Agentes (MBA) su concreción más exitosa (Grow & Van Bavel 2017; Billari et al 2006).

Esto es así a un punto tal que hay quienes plantearon la necesidad de ver a la demografía como “ciencia basada en modelos”, reivindicando las teorías de medio alcance mertonianas (Burch 2003) y favoreciendo la idea de mecanismos por sobre la de leyes del comportamiento. Viene a cuento, porque los agentes que los MBA pueden poner a interactuar, generando ciertas tendencias agregadas, no suelen descansar en la maximización de su utilidad como atributo de conducta.

En pocas palabras, este tipo de modelos tiene alto interés teórico por su capacidad de construirse a partir de agentes individuales con atributos altamente dependientes de la interacción con el resto de individuos y circunstancias, incorporando en un modelo la flexibilidad que sospechamos tienen las intenciones. Así, pueden ponerse a interactuar agentes *adaptativos*, es decir, con una lógica distinta a la de cualquier maximización de la utilidad que harían agentes con información perfecta.

Ser adaptativo implica aprender de experiencias previas, de los comportamientos adoptados por un cierto número de pares, o aún de la información que transita entre generaciones, porque los MBA pueden involucrar la reproducción. La interacción de estos agentes, funcionando a partir de ciertas reglas y escenarios del modelo, no sólo permite abrir la caja negra de ciertos procesos que se asumen teóricamente, sino que también puede funcionar, de forma inductiva, como *herramienta de generación de teoría*.

Mecanismos como el de aprendizaje, difusión, o interacción social, ampliamente utilizados en cualquier abordaje de los patrones de fecundidad, pueden así ponerse en juego, de un modo menos declarativo y más concreto que lo habitual, al tiempo que se

estudia qué tipo de tendencia agregada generan. Al introducir dentro de agentes heterogéneos la posibilidad de mecanismos por los cuales se toman decisiones, se honra la complejidad cognitiva y relacional del proceso, con supuestos más complejos que los de cualquier versión de *homo demographicus* y que permiten modelizar mejor procesos no lineales y complejos.

Estas posibilidades mejoran la capacidad de observación del vínculo entre lo micro y lo macro, partiendo de las interacciones situadas en un contexto y poniendo especial atención a las dinámicas inestables o recursivas, más que a los supuestos equilibrios de largo plazo. Esto vale especialmente para decisiones dependientes de mecanismos de interacción, como lo son las decisiones reproductivas y la propia formación de las intenciones.

6. Comentarios finales: medición y aportes de la investigación cualitativa

Estas discusiones, de gran interés para la investigación del comportamiento reproductivo, abarcan aspectos epistemológicos, teóricos y de medición. Por ese motivo, no es tan sencillo elegir entre modelos explicativos del comportamiento reproductivo como lo fue identificar las mejores preguntas disponibles en la medición de intenciones, al menos en su versión más lineal y sencilla. A menudo, las opciones teóricas más simplificadas son las más disponibles y cumplen al menos algunas de las funciones necesarias para el estudio del tema. Y las más complejas y promisorias no logran operacionalizarse adecuadamente en preguntas de encuesta que permitan alimentar un modelo teórico complejo con datos válidos y confiables, que a la vez puedan incluirse en investigaciones factibles de ser llevadas a cabo.

La situación actual es de gran avance en la discusión de los marcos según los cuales se comprende el comportamiento reproductivo y el rol de las intenciones en el proceso, pero resta trabajo por hacer en la contrastación del rendimiento empírico de los diferentes marcos. Si la TPB es usada más asiduamente que los otros modelos, más allá de las críticas que recibe, es probablemente por su buen equilibrio entre complejidad teórica y capacidad de operacionalización en preguntas de encuesta.

Como comentario final, cabe reparar el poco espacio dedicado hasta aquí a los abordajes cualitativos, debido a que la medición de las intenciones y el comportamiento reproductivo a gran escala sucede fundamentalmente a través de encuestas o estadísticas vitales, y apuntar al menos algunos elementos de interés que surgen de las aproximaciones realizadas desde ese paradigma.

El interés en complementar las preguntas estandarizadas con datos cualitativos es creciente; de esa manera, puede relevarse mejor la forma en que los sujetos estudiados viven su comportamiento reproductivo y especialmente formulan sus propias intenciones de fecundidad, asociadas a marcos en los que interactúan con las otras dimensiones de la vida y en situación de incertidumbre con respecto a su propia volición (Keim, Klärner, & Bernardi, 2013). Por cierto, la incorporación de técnicas cualitativas para profundizar estos temas es una opción que no siempre está disponible y en ningún caso cancela las disyuntivas teóricas a la hora de caracterizar las intenciones y preferencias reproductivas y relevarlas con preguntas estandarizadas, pero es necesario incorporar un abordaje cualitativo siempre que sea posible. También es creciente el uso de métodos combinados, en los que los hallazgos cuanti y cualitativos dialogan en la

construcción de evidencia, a menudo en la inspección de comportamientos reproductivos específicos, como la progresión al segundo hijo o la nuliparidez.

El abordaje cualitativo permite también profundizar en algunas de las contradicciones mencionadas más arriba, como la existencia de personas que declaran no querer más hijos, pero tener relaciones sexuales frecuentes sin anticoncepción, indagando acerca de cómo se experimentan subjetivamente las decisiones acerca del uso de anticonceptivos y las definiciones acerca de las preferencias de fecundidad. Podría suceder que estas dos dimensiones, que en apariencia deberían funcionar armónicamente, se vivan subjetivamente como esferas separadas de decisión. Así, esta inconsistencia en el comportamiento reproductivo no sería tal desde lo vivencial (Agadjanian, 2005).

Además, abordajes así ayudarían a ampliar la descripción de cómo se conceptualizan las decisiones al incluir más flexiblemente una cantidad amplia de dimensiones. Por ejemplo, los mecanismos de interacción social, como la influencia de pares (Arai, 2007), la interacción entre intenciones y preferencias y reproducción intergeneracional del comportamiento reproductivo, o el rol de las redes sociales, distinguiendo sus distintos niveles de influencia (Keim, Klärner, & Bernardi, 2009). En concreto, para iluminar varios de los debates teóricos ya descritos, pueden tomarse en cuenta estudios cualitativos como el de Borrero et al. (2015), donde se pone el foco en percepciones y comportamientos que señalan flancos débiles de los abordajes basados en intenciones razonadas. Por ejemplo, en la existencia de mujeres de ingresos bajos que no sienten que esté en sus manos el control de su propia reproducción y por tanto no se formulan metas reproductivas, no interiorizan los beneficios de planificar su fecundidad, “se sienten infértiles” y no piensan que puedan quedar embarazadas, o que viven en sus embarazos tipos diversos de violencia, como la propia coerción de su pareja masculina.

Para más complejidad, situaciones así influyen en la toma de decisiones acerca del embarazo una vez que ocurre, lo que hace depender gran parte de las decisiones de fecundidad de la posibilidad (típicamente problemática y desigual) de interrumpir el embarazo. Nuevamente, habrá contradicciones similares a la mencionada más arriba, entre el deseo de evitar un embarazo y la (ausencia de) anticoncepción, lo que desafía cualquier esquema basado en intenciones y comportamientos planificados y coherentes entre sí.

Otros trabajos cualitativos han intentado profundizar en la idea de nacimiento no intencional, identificando categorías que describan mejor el fenómeno. Helfferich et al. (2014) distinguen nacimientos no deseados por “accidente”, por “ambivalencia”, por

“agencia limitada” y por “agencia innecesaria”. Las dos últimas categorías tienen especial interés, dado que asumen carencias a nivel de agencia, lo que resulta indispensable para discutir cuán planificado puede ser el comportamiento; en el primer caso porque no se desarrollaron los esquemas cognitivos y no cognitivos necesarios para llevar adelante la planificación y en el último, porque se asume como esperable la existencia de un embarazo no planeado. En tales cosas la planificación no falla, sino que ni siquiera entra en el radar de la toma de decisiones.

Los avances metodológicos y sustantivos en investigación cualitativa y combinada servirán para conocer mejor el fenómeno en sí. Pero probablemente también sean un buen punto de partida para informar la mejor definición de preguntas cerradas, de modo de medir adecuadamente las intenciones y el comportamiento reproductivo, aun cuando solo contemos con encuestas y estadísticas vitales como fuentes de datos regulares.

Referencias

- Adsera, A., & Menendez, A. (2009). Fertility Changes in Latin America in the Context of Economic Uncertainty. Discussion Paper Series (Vol. IZA DP No.).
- Agadjanian, V. (2005). Fraught with ambivalence: Reproductive intentions and contraceptive choices in a sub-Saharan fertility transition. <https://doi.org/10.1007/s11113-005-5096-8>
- Aizen, I., & Klobas, J. (2013). Fertility intentions: An approach based on the theory of planned behavior. *Demographic Research*, 29(July), 203–232. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2013.29.8>
- Ajzen, I. (1985). From Intentions to Actions: A Theory of Planned Behavior. *Action Control. From Cognition to Behavior*, 286.
- Ajzen, I. (1991). The theory of planned behavior. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 50, 179–211. https://doi.org/10.1922/CDH_2120VandenBroucke08
- Ajzen, I. (2005). Attitudes, personality and behaviour. Open University Press.
- Ajzen, I. (2011). The theory of planned behaviour: Reactions and reflections. *Psychology and Health*, 26(9), 1113–1127. <https://doi.org/10.1080/08870446.2011.613995>
- Ajzen, I. (2014). The theory of planned behaviour is alive and well, and not ready to retire: a commentary on Sniehotta, Priesseu, and Araújo-Soares. *Health Psychology Review*, 9(2), 131–137. <https://doi.org/10.1080/17437199.2014.883474>
- Ajzen, I., & Klobas, J. (2013). Fertility intentions. An approach based on the theory of planned behavior. *Demographic Research*, 29(July), 203–232. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2013.29.8>
- Amarante, V., & Cabella, W. (2015). La brecha entre la fecundidad deseada y la observada en Montevideo y su Área Metropolitana. *Notas de Población*, 100, 11–33.
- Arai, L. (2007). Peer and neighbourhood influences on teenage pregnancy and fertility: Qualitative findings from research in English communities. *Health and Place*, 13(1), 87–98. <https://doi.org/10.1016/j.healthplace.2005.10.003>
- Arieke, Rijken, J., & Liefbroer, A. C. (2009). The Influence of Partner Relationship Quality on Fertility. *European Journal of Population*, 25(1), 27–44. <https://doi.org/10.1007/s10680-008-9156-8>

- Bachrach, C. A., & Morgan, S. P. (2013). A cognitive-social model of fertility intentions. *Population and Development Review*. <https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2013.00612.x>
- Balbo, N., Billari, F. C., & Mills, M. (2013). Fertility in Advanced Societies: A Review of Research. *European Journal of Population*, 29(1), 1–38. <https://doi.org/10.1007/s10680-012-9277-y>
- Bandura, A. (1982). Self-efficacy mechanism in human agency. *American Psychologist*, 37(2), 122–147. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.37.2.122>
- Beaujouan, É., & Berghammer, C. (2019). The Gap between Lifetime Fertility Intentions and Completed Fertility in Europe and the United States: A Cohort Approach. *Vienna Institute of Demography Working Papers*, 12/2017(February). <https://doi.org/10.1007/s11113-019-09516-3>
- Beaujouan, E., & Solaz, A. (2016). Are family sizes of parents and children still related? Revisiting the cross-generational relationship over the last century. *INED, Documents de Travail*, 223.
- Becker, G. (1960). An Economic Analysis of Fertility. <https://doi.org/10.2307/3708142>
- Becker, G. (1981). *A Treatise on the Family*.
- Becker, G. S., & Lewis, H. G. (1974). Interaction between Quantity and Quality of Children. *Economics of the Family: Marriage, Children, and Human Capital*, ISBN, 81–90. Retrieved from <http://www.nber.org/books/schu74-1>
- Berrington, A. (2017). Childlessness in the UK, 57–76. https://doi.org/10.1007/978-3-319-44667-7_3
- Bianchi, S. M. (2014). A Demographic Perspective on Family Change. *Journal of Family Theory & Review*, 6(1), 35–44. <https://doi.org/10.1111/jftr.12029>
- Billari, F. C., Philipov, D., & Testa, M. R. (2009). Attitudes, Norms and Perceived Behavioural Control: Explaining Fertility Intentions in Bulgaria. *Eu J Population*. <https://doi.org/10.1007/s>
- Bongaarts, J., & Bruce, J. (1995). The causes of unmet need for contraception and the social content of services. *Studies in Family Planning*, 26(2), 57–75.
- Bongaarts, John. (1990). The Measurement of Wanted Fertility. *Population and Development Review*, 16(3), 487–506.

- Bongaarts, John. (2001). Household Size and Composition in the Developing World in the 1990s. *Population Studies*, 55(3), 263–279.
- Borrero, S., Nikolajski, C., Steinberg, J. R., Freedman, L., Akers, A. Y., Ibrahim, S., & Schwarz, E. B. (2015). It just happens: A qualitative study exploring low-income women's perspectives on pregnancy intention and planning. *Contraception*, 91(2), 150–156. <https://doi.org/10.1016/j.contraception.2014.09.014>
- Brehm, U., & Schneider, N. F. (2019). Towards a Comprehensive Understanding of Fertility: The Model of Dyadic Pathways. *Comparative Population Studies*, 44, 3–36. <https://doi.org/10.12765/CPoS-2019-01en>
- Bruijn, B. J. De. (1999). Foundations of Demographic Theory. Choice, Process, Context. *Population (French Edition)*, 54(2), 346. <https://doi.org/10.2307/1534906>
- Bueno, Xiana; Brinton, M. (n.d.). Less Family or More Security? A Qualitative Analysis of Fertility Ideals and Intentions in Spain, 1–13.
- Bulatao, R. A. (1981). Values and Disvalues of Children in Successive Childbearing Decisions. *Demography*, 18(1), 1. <https://doi.org/10.2307/2061046>
- Cabella, W., Fernández Soto, M., Nathan, M., & Pardo, I. (2017). Encuesta Nacional de Comportamientos ENCoR Uruguay. UNFPA-INE-MIDES.
- Campbell, A. A., & Mosher, W. D. (2000). A history of the measurement of unintended pregnancies and births. *Maternal and Child Health Journal*, 4(3), 163–169. <https://doi.org/10.1023/A:1009519329226>
- Carvalho, A. A. de, Wong, L. R., & Miranda-Ribeiro, P. (2018). Alice in Wonderland: Unrealized fertility and satisfaction with number of children according to couples' point of view in a city in Brazil. *Revista Brasileira de Estudos de População*, 35(1), 1–20. <https://doi.org/10.20947/s102-3098a0049>
- Casterline, J. B., & El-Zeini, L. O. (2007). The Estimation of Unwanted Fertility. *Demography*, 44(4), 729–745. <https://doi.org/10.1353/dem.2007.0043>
- Casterline, J., & Han, S. (2017). Unrealized fertility: Fertility desires at the end of the reproductive career. *Demographic Research*, 36(14), 427–454. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2017.36.14>
- Dommermuth, L., Klobas, J., & Lappegard, T. (2015). Realization of fertility intentions by different time frames. *Advances in Life Course Research*, 24, 34–46. <https://doi.org/10.1016/j.alcr.2015.02.001>

- Dommermuth, L., Klobas, J., & Lappegård, T. (2011). Now or later? The Theory of Planned Behavior and timing of fertility intentions. *Advances in Life Course Research*, 16(1), 42–53. <https://doi.org/10.1016/j.alcr.2011.01.002>
- Fishbein, M., & Ajzen, I. (1975). *Belief, Attitude, Intention, and Behavior: An Introduction to Theory and Research*. Reading, M: Addison-Wesley.
- Gibbons, F. X., Gerrard, M., Blanton, H., & Russell, D. W. (1998). Reasoned action and social reaction: Willingness and intention as independent predictors of health risk. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74(5), 1164–1180. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.74.5.1164>
- Goldstein, J., Lutz, W., & Testa, M. R. (2004). The emergence of Sub-Replacement Family Size Ideals in Europe. *Population Research and Policy Review*, 22(5/6), 479–496. <https://doi.org/10.1023/b:popu.0000020962.80895.4a>
- Guzzo, K. B. (2014). New Partners, More Kids: Multiple-Partner Fertility in the United States. *The annals of the American Academy of Political and Social Science*, 654(1), 66–86. <https://doi.org/10.1177/0002716214525571>
- Hakim, C. (1998). Developing a Sociology for the Twenty-First Century : Preference Theory. *The British Journal of Sociology*, 49(1), 137–143.
- Hakim, C. (2002). Lifestyle preferences as determinants of Women’s differentiated labor market careers. *Work and Occupations*, 29(4), 428–459. <https://doi.org/10.1177/073088802237558>
- Hakim, C. (2003). A New Approach to Explaining Fertility Patterns: Preference Theory. *Population and Dev*, 29(3).
- Hauser, P. M., Berelson, B., & Kiser, C. (1967). “Family Planning and Population Programs”: A Book Review Article. *Family Planning and Population Programs. Research in Family Planning. Demography*, 4(1), 397. <https://doi.org/10.2307/2060379>
- Hayford, S. R., & Agadjanian, V. (2019). Spacing, Stopping, or Postponing? Fertility Desires in a Sub-Saharan Setting. *Demography*, 56(2), 573–594. <https://doi.org/10.1007/s13524-018-0754-8>
- Heckhausen, J. (1998). *Developmental Regulation in Adulthood: Age-Normative and Sociostructural Constraints as Adaptive Challenges*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/DOI: 10.1017/CBO9780511527852>

- Heiland, F., Prskawetz, A., & Sanderson, W. C. (2008). Are individuals' desired family sizes stable? Evidence from West German panel data. *European Journal of Population*, 24(2), 129–156. <https://doi.org/10.1007/s10680-008-9162-x>
- Helfferrich, C., Hessling, A., Klindworth, H., & Wlosnewski, I. (2014). Unintended pregnancy in the life-course perspective. *Advances in Life Course Research*, 21, 74–86. <https://doi.org/10.1016/j.alcr.2014.04.002>
- Hoffman, L. W., Thornton, A., & Manis, J. D. (1978). The value of children to parents in the United States. *Journal of Population Behavioral, Social, and Environmental Issues*, 1(2), 91–131. <https://doi.org/10.1007/bf01277597>
- Iacovou, M., & Tavares, L. P. (2013). Yearning, Learning and Conceding: (Some of) the Reasons People Change Their Childbearing Intentions. *Ssrn*, 37(1), 89–123. <https://doi.org/10.2139/ssrn.2284828>
- Kahneman, D. (2003). A Perspective on Judgment and Choice: Mapping Bounded Rationality. *American Psychologist*, 58(9), 697–720. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.58.9.697>
- Kalamar, A. M., & Hindin, M. J. (2015). THE COMPLEXITY OF MEASURING FERTILITY PREFERENCES: EVIDENCE FROM DHS DATA. In *Population Association of America* (pp. 1–15). San Diego. Retrieved from <http://paa2015.princeton.edu/uploads/153110>
- Keim, S., Klärner, A., & Bernardi, L. (2009). Fertility-relevant social networks: composition, structure, and meaning of personal relationships for fertility intentions. MPIDR Working Paper Wp 2009-006. Retrieved from <http://ideas.repec.org/p/dem/wpaper/wp-2009-006.html>
- Keim, S., Klärner, A., & Bernardi, L. (2013). Tie strength and family formation: Which personal relationships are influential? *Personal Relationships*, 20(3), 462–478. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2012.01418.x>
- Kim, K. (2014). Intergenerational Transmission of Age at First Birth in the United States: Evidence from Multiple Surveys. *Population Research and Policy Review*, 33(5), 649–671. <https://doi.org/10.1007/s11113-014-9328-7>
- Kohler, H.-P., Billari, F. C., & Ortega, J. A. (2002). The Emergence of Lowest-Low Fertility in Europe during the 1990s. *Population and Development Review*, 28(4), 641–680. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/3092783>

- Kohler, H., Billari, F. C., & Ortega, J. A. (2006). Low fertility in Europe: Causes, implications and policy options. *The Baby Bust: Who Will Do the Work ? Who Will Pay the Taxes ?*, (2004), 48–109. Retrieved from papers://e09fda77-1450-4449-8ecf-5a9bb72f5boa/Paper/p754
- Kuhnt, A., Kreyenfeld, M., & Trappe, H. (2017). Fertility Ideals of Women and Men Across the Life Course. In *Childlessness in Europe: Contexts, Causes, and Consequences* (pp. 235–251). <https://doi.org/10.1007/978-3-319-44667-7>
- Kuhnt, A., & Trappe, H. (2013). Easier said than done: childbearing intentions and their realization in a short term perspective. *MPIDR Working Paper*, 49(0), 1–31. Retrieved from http://www.researchgate.net/profile/Anne_Kristin_Kuhnt/publication/265550187_Easier_said_than_done_Childbearing_intentions_and_their_realization_in_a_short-term_perspective/links/5411ab760cf29e4a23297be8.pdf
- Laura Bernardi, Monika Mynarska, and C. R. (2015). Uncertain, Changing and Situated Fertility Intentions. A Qualitative Analysis. In *Reproductive Decision-Making in a Macro-Micro Perspective*. <https://doi.org/10.1007/978-94-017-9401-5>
- Lee, R. D. (1980). Population Investigation Committee Aiming at a Moving Target : Period Fertility and Changing Reproductive Goals. *Population Studies*, 34(2), 205–226.
- Lesthaeghe, R. (1991). *The Second Demographic Transition in Western Countries: An Interpretation*. Interuniversity Programme in Demography. Brussels. <https://doi.org/10.2307/1534906>
- Lesthaeghe, R., & Surkyn, J. (2008). When history moves on: The foundations and diffusion of a second demographic transition. Ideational perspectives on international family change.
- Liefbroer, A. C. (2008). Changes in Family Size Intentions Across Young Adulthood: A Life-Course Perspective. Evolution des intentions en matière de taille de famille en début d'âge adulte: une approche biographique. *European Journal of Population / Revue Européenne de Démographie*, 25(4), 363–386. <https://doi.org/10.1007/s10680-008-9173-7>
- Liefbroer, A. C. (2011). On the usefulness of the theory of planned behaviour for fertility research. *Vienna Yearbook of Population Research*, 9(1), 55–62. <https://doi.org/10.1553/populationyearbook2011s55>

- Marisa Bucheli, Wanda Cabella, Mathías Nathan, Peter Fitermann, Andrea Vigorito, & Mariana Zerpa. (2015). Cambio familiar y bienestar de las mujeres y los niños en Montevideo y el área metropolitana. Montevideo: Udelar-UNICEF.
- McRae, S. (2003). Constraints and choices in mothers' employment careers: A consideration of Hakim's Preference Theory. *British Journal of Sociology*, 54(3), 317–338. <https://doi.org/10.1080/0007131032000111848>
- Miller, W. B. (2011). Comparing the TPB and the T-D-I-B framework. *Vienna Yearbook of Population Research*, 9(1), 19–29. <https://doi.org/10.1553/populationyearbook2011s19>
- Miller, W. B., & Pasta, D. J. (1994). The Psychology of Child Timing: A Measurement Instrument and a Model. *Journal of Applied Social Psychology*, 24(3), 218–250. <https://doi.org/10.1111/j.1559-1816.1994.tb00580.x>
- Miller, W. B., & Pasta, D. J. (1995). How does childbearing affect fertility motivations and desires? *Biodemography and Social Biology*, 42(3–4), 185–198.
- Moors, G. (2008). The valued child. In search of a latent attitude profile that influences the transition to motherhood. *European Journal of Population*, 24(1), 33–57. <https://doi.org/10.1007/s10680-007-9123-9>
- Morgan, P. S., & Bachrach, C. (2011). Is the Theory of Planned Behaviour an appropriate model for human fertility? *Vienna Yearbook of Population Research*, 9(2011), 11–18. <https://doi.org/10.1553/populationyearbook2011s11>
- Morgan, P. S., & Taylor, M. G. (2006). Low Fertility at the Turn of the Twenty-First Century. *Annual Review of Sociology*, 32(1), 375–399. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.31.041304.122220>
- Morgan, S. P. (1982). Parity-Specific Fertility Intentions and Uncertainty: The United States, 1970 to 1976. *Demography*, 19(3), 315. <https://doi.org/10.2307/2060974>
- Morosow, K., & Trappe, H. (2015). Intergenerational Transmission of Fertility Timing in Germany. *Stockholm Research Reports in Demography*, 27.
- Murphy, M., & Wang, D. (2001). Family-Level Continuities in Childbearing in Low-Fertility Societies. *European Journal of Population*, 21(4), 75–96. <https://doi.org/10.1007/s10680-005-5118-6>
- Nathan, M. (2013). Inicio de la fecundidad en mujeres de Montevideo y área metropolitana: ¿postergación?, ¿polarización? *Relap*, 7(12), 33–58.

- Nathan, M. (2015a). La creciente heterogeneidad en la edad al primer hijo en el Uruguay: un análisis de las cohortes de 1951 a 1990. *Notas de Población*, 42(100), 35–60.
- Nathan, M. (2015b). La lenta transición hacia un régimen de fecundidad tardía en Uruguay: los cambios en la edad al primer hijo entre 1978 y 2011. *Relap*, 9(17), 37–60.
- Nathan, M., Pardo, I., & Cabella, W. (2016). Diverging patterns of fertility decline in Uruguay. *Demographic Research*, 34(20), 563–586. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2016.34.20>
- Nauck, B. (2014). Value of Children and the social production of welfare. *Demographic Research*, 30(1), 1793–1824. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2014.30.66>
- Ní Bhrolcháin, M., & Beaujouan, É. (2011). Uncertainty in fertility intentions : how real are reproductive goals ?, (advisory board), 1–7.
- Ní Bhrolcháin, M., Beaujouan, E., & Berrington, A. (2010). Stability and change in fertility intentions in Britain, 1991–2007. *Population Trends*, 141(1), 13–35. <https://doi.org/10.1057/pt.2010.19>
- Peri, A., & Pardo, I. (2008). Nueva evidencia sobre la hipótesis de la doble insatisfacción en Uruguay : ¿ cuán lejos estamos de que toda la fecundidad sea deseada ? Serie Divulgación, Fondo de Población de Las Naciones Unidas (UNFPA)
- Philipov, D. (2011). Theories on fertility intentions: a demographer's perspective. *Vienna Yearbook of Population Research*, 9, 37–45. <https://doi.org/10.1553/populationyearbook2011s37>
- Philipov, D., Liefbroer, A., & Klobas, J. E. (2015). Reproductive Decision- Making in a Macro-Micro Perspective. (D. Philipov, A. Liefbroer, & J. E. K. Editors, Eds.). Vienna: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-94-017-9401-5>
- Puur, A., Oláh, L. S., Tazi-Preve, M. I., & Dorbritz, J. (2008). Men's childbearing desires and views of the male role in Europe at the dawn of the 21st century. *Demographic Research*, 19, 1883–1912. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2008.19.56>
- Quesnel-Vallée, A., & Morgan, S. P. (2003). Missing the Target? Correspondence of Fertility Intentions and Behavior in the U.S. *Population Research and Policy Review*, 22(5/6), 497–525. <https://doi.org/10.1023/b:popu.0000021074.33415.c1>

- Rackin, H. M., & Bachrach, C. A. (2016). Assessing the Predictive Value of Fertility Expectations Through a Cognitive??Social Model. *Population Research and Policy Review*. <https://doi.org/10.1007/s11113-016-9395-z>
- Reyna, Valerie; Farley, F. (2010). Risk and Rationality in Adolescent Decision Making. *Handbook for Environmental Risk Decision Making*, 7(1), 1–44. <https://doi.org/10.1201/9781420048735.ch16>
- Ruth Weston, Lixia Qu, R. P. and M. A. (2004). “ It’s Not for Lack of Wanting Kids ”.
- Ryder, N. B. (1973). A Critique of the National Fertility Study. *Demography*, 10(4), 495–506. <https://doi.org/10.2307/2060877>
- Ryder, N. B., & Westoff, C. F. (1971). Reproduction in the United States. *Louvain Economic Review*, 40(3), 419. <https://doi.org/DOI: 10.1017/S0770451800003195>
- Santelli, J. S., Lindberg, L. D., Orr, M. G., Finer, L. B., & Speizer, I. (2009). Toward a Multidimensional Measure of Pregnancy Intentions: Evidence from the United States. *Studies in Family Planning*, 40(2), 87–100. <https://doi.org/10.1111/j.1728-4465.2009.00192.x>
- Santelli, J. S., Rochat, R., Hatfield, K., Gilbert, C., Curtis, K., Cabral, R., ... Schieve, L. (2003). The Measurement and Meaning of Unintended Pregnancy. *Perspectives on Sexual and Reproductive Health*, 35(2), 94–101.
- Schoumaker, B. D. (2015). Consistency of Desired number of children within Cohorts across Surveys in DHS and Predicting Fertility Changes. In *Population Association of America* (pp. 1–41). San Diego, California. Retrieved from <http://paa2015.princeton.edu/uploads/153112>
- Sennott, C., & Yeatman, S. (2012). Stability and change in fertility preferences among young women in Malawi. *International Perspectives on Sexual and Reproductive Health*, 38(1), 34–42. <https://doi.org/10.1363/3803412>
- Shreffler, K. M., Tiemeyer, S., Dorius, C., Spierling, T., Greil, A. L., & Mcquillan, J. (n.d.). Infertility and fertility intentions, desires, and outcomes among US women. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2016.35.39>
- Stanford, J. B., Hobbs, R., Jameson, P., DeWitt, M. J., & Fischer, R. C. (2000). Defining dimensions of pregnancy intendedness. *Maternal and Child Health Journal*, 4(3), 183–189. Retrieved from <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/11097506>

- Stein, P., Willen, S., & Pavetic, M. (2014). Couples' fertility decision-making. *Demographic Research*, 30(1), 1697–1732. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2014.30.63>
- Testa, M. R. (2012a). Couple disagreement about short-term fertility desires in Austria: Effects on intentions and contraceptive behaviour. *Demographic Research*, 26, 63–98. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2012.26.3>
- Testa, M. R. (2012b). Family Sizes in Europe: Evidence from the 2011 Eurobarometer Survey. *European Demographic Research Papers*, 2050(02/2012), 1–100. <https://doi.org/10.1080/10915810701490422>
- Testa, M. R. (2014). On the positive correlation between education and fertility intentions in Europe: Individual- and country-level evidence. <https://doi.org/10.1016/j.alcr.2014.01.005>
- Thomson, E., & Hoem, J. M. (1998). Couple Childbearing Plans and Births in Sweden. *Demography*, 35(3), 315. <https://doi.org/10.2307/3004039>
- Trinitapoli, J., & Yeatman, S. (2018). The Flexibility of Fertility Preferences in a Context of Uncertainty. *Population and Development Review*, 44(1), 87–116. <https://doi.org/10.1111/padr.12114>
- Varela, C., Fostik, A. L., & Fernández Soto, M. (2012). *Maternidad en la juventud y desigualdad social*. Montevideo: UNFPA.
- Varela, C., Pardo, I., Lara, C., Nathan, M., & Tenenbaum, M. (2014). *La fecundidad en el Uruguay (1996-2011): desigualdad social y diferencias en el comportamiento reproductivo*. Montevideo: UNFPA, INE, Programa de Población, IECON, MIDES, OPP.
- Varela, C., Pollero, R., & Fostik, A. L. (2008). *La fecundidad: evolución y diferenciales en el comportamiento reproductivo*. In *Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicios del siglo XXI (Trilce)*. Montevideo.
- Weston, R., Lixia, Q., Parker, R., & Alexander, M. (2004). "It 's Not for Lack of Wanting Kids...". A report on the Fertility Decision Making Project Report. Australian Institute of Family Studies. Melbourne.